

LECTURAS OBLIGATORIAS PARA LA ESCUELA PRIMARIA

CUARTO GRADO

Contiene todos los cuentos, relatos, fábulas, poesías y trozos literarios exigidos por los nuevos programas.

Contiene, además, las lecturas necesarias para el desarrollo de los rudimentos de gramática y de los ejercicios de composición.

por

E. GONZÁLEZ TRILLO - L. ORTIZ BEHETY

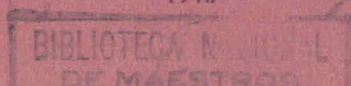


"LIBRERIA DEL COLEGIO"

(CASA EDITORA)

Alsina y Bolívar - Buenos Aires

1940



LECTURAS OBLIGATORIAS

CUARTO GRADO

Derechos reservados
(Ley 11723)

32.573

LECTURAS OBLIGATORIAS

PARA LA ESCUELA PRIMARIA

2p 1.28
6p 2.50

CUARTO GRADO

Contiene todos los cuentos, relatos, fábulas, poesías y trozos literarios exigidos por los nuevos programas. Contiene, además, las lecturas necesarias para el desarrollo de los rudimentos de gramática y de los ejercicios de composición.

por

E. GONZÁLEZ TRILLO - L. ORTIZ BEHETY



129x190

“LIBRERIA DEL COLEGIO”

(CASA EDITORA)

Alsina y Bolívar - Buenos Aires

1940

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Obras de los Autores

OBRAS LITERARIAS

- Kilómetro 823, tiempo de soledad, pueblos de las orillas del Teiken. *Poemas.*
Tierra Sur. *Poemas.*
Canciones junto al fuego del vivac. *Poemas.*
Limo. *Novela.*
Diez doloscentes. *Novela.*
Puerto Hambre. *Novela.*
Querencia de Buenos Aires. *Poemas en prosa.*
Sacrificio de la paloma de cristal. *Poemas.*
Substancia de muerte. *Poemas.*
Nacimiento de Buenos Aires. *Poemas en prosa.*
Tierra de las estrellas en cruz. *Poems.*

OBRAS DIDACTICAS

- Gramática Castellana. *Primer Año.*
Gramática Castellana. *Segundo Año.*
Gramática Castellana. *Tercer Año.*
Historia de la Literatura Americana y Argentina.
Lecturas Americanas y Argentinas.
Historia de la literatura Española.
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Primer Grado Inferior.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Primer Grado Superior.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Segundo grado.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Tercer grado.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Cuarto grado.*
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Quinto grado.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Sexto grado.*

PROLOGO

Publicamos este libro, destinado a los maestros, con el propósito de poner en sus manos un instrumento que creemos indispensable para su labor.

Al reunir en volumen un conjunto de lecturas destinadas a dar cumplimiento a los nuevos programas, hemos querido facilitar en todo lo posible el trabajo de búsqueda y de selección, entregando a los maestros no sólo las lecturas obligatorias que deben hacer conocer a sus alumnos sino también la idea y el argumento de los libros que los programas exigen y partes antológicas de cada uno de ellos.

Hemos incluido también todas aquellas lecturas necesarias para el desarrollo del programa de rudimentos de gramática, y de composición.

En los nuevos programas se advierte el propósito fundamental de dar a la enseñanza una orientación práctica y en los temas de lenguaje el de hacer conocer al alumno trozos literario que lo pongan en contacto con el modelo vivo de la palabra, consiguiendo de esta manera purificar su habla, darle un completo elemento de expresión, ampliar su vocabulario y ensanchar sus horizontes.

Nada mejor, para el estudio de la lengua culta, que un hermoso poema, un pequeño relato, una página literaria, en los que afamados escritores han puesto lo mejor de su espíritu.

El maestro encontrará, así, preparado el camino que ha de abrir nuevos rumbos en el alma infantil.

Es nuestro más ferviente deseo que este libro sea para el maestro un compañero útil.

LOS AUTORES.

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

LENGUAJE

(Actividades, normas, consejos y sugerencias para la realización del programa de conocimientos)

En el llamado período superior, que comienza en cuarto grado, la enseñanza va tomando carácter más general y sistemático, gracias a los conocimientos que el alumno tiene ya de la lengua oral y de la escrita.

Acostumbrar al niño a que por sí solo adquiera los conocimientos que deben adquirirse en los libros, es realizar una suprema aspiración de la escuela primaria: poner al educando en condiciones de aprender por su propio esfuerzo. Si esta utilización de la lectura como medio de adquirir conocimientos es importante en las escuelas de la Capital Federal, lo es mucho más en las de la Ley 4874 cuyo período escolar termina en cuarto grado.

Desde los primeros grados deben los niños leer y recitar poesías breves y sencillas. (La sencillez no es enemiga de la belleza). A esta forma particular de educación literaria, designada con el nombre de "ejercicios literarios" en los programas de 1910, ha de añadirse la lectura y comentario de buenas páginas en prosa.

Esta educación del gusto literario por el conocimiento directo de las obras, en la medida realizable en la escuela primaria, toma carácter más sistemático a partir de cuarto grado. Se la designa con el nombre de "iniciación literaria".

Se revén y se amplian los rudimentos de morfología y de sintaxis dados en tercer grado y se enseñan nociones nuevas. Las observaciones sobre la pronunciación toman forma sistemática.

Es indudable el valor de los ejercicios sobre sinónimos, parónimos y antónimos que se incluyen en este grado.

Parte Primera

INICIACION LITERARIA

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Si en los grados anteriores se ha puesto a los alumnos en contacto con buenas páginas literarias (ya en primero inferior recitan poesías sencillas pero de mérito artístico), es necesario que en el período superior esa educación del gusto literario tome carácter sistemático.

Es evidente, en primer término, que las lecturas pueden ser más extensas y de pensamiento más complejo. En cuarto grado, por ejemplo, se puede leer íntegro un capítulo de "Juvenilia", de Cané; en quinto, uno de "Córdoba del recuerdo", de Capdevila; en sexto, uno de "Recuerdos de provincia", de Sarmiento o de "La novela de un novelista", de Palacio Valdés. En este mismo grado puede y debe leerse una obra del teatro clásico español, aunque entre las explicaciones previas, la lectura y los comentarios se inviertan tres o cuatro clases.

Por otra parte, es necesario dar de vez en cuando explicaciones que ayuden a los niños a comprender el valor literario del trozo comentado. No se trata de hablar del estilo del autor ni de enseñar las nociones que contienen las preceptivas. Una disertación acerca de las condiciones que debe reunir el retrato literario estaría fuera de lugar. Pero con motivo de una lectura en que haya un buen retrato son oportunas las sencillas y concretas observaciones que tiendan a mostrar cómo está descripto el personaje.

Realizaremos apreciable labor si con la lectura y comentario del capítulo XIII de "La novela de un novelista" conseguimos cautivar la atención de un alumno de sexto grado. Y, desde luego, esa obra adquirirá proyecciones mayores si, a consecuencia de la lectura de "La vara de Falaris" (cap. XIII), y sin que medie imposición alguna, el alumno lee íntegramente "La novela de un novelista". No hay necesidad de encarecer aquí los beneficios que resultan de que el niño cobre afición a la buena lectura.

Indudablemente no se trata de leer mucho, sino de leer bien. En esto, como en muchas otras cosas, más que la cantidad

vale la calidad. No consiste el provecho en leer con avidez, en devorar libros, sino en la lectura atenta y cuidadosa. Para que haya verdadero cultivo del espíritu desde el punto de vista literario es necesario que leamos reposadamente para reparar en la belleza de la forma y no con el apresuramiento de quien sólo quiere saciar la curiosidad. En más de una ocasión hay que leer y releer.

Tras la lectura y comentario de *La vara de Falaris*, por ejemplo, puede seguir una nueva lectura cuyo objeto sea mostrar cómo ha retratado Palacio Valdés al maestro don Juan de la Cruz. No costará mucho trabajo hacer que los niños perciban el contraste que resulta entre la apacible figura de Don Juan (sosegado, grave, silencioso, con los ojos fijos en el suelo al comprender a sus discípulos, ceremonioso, que solícito taja las plumas y echa tinta en los tinteros), y los bárbaros castigos corporales que aplicaba.

“¿Quién no recuerda en Avilés a este don Juan de la Cruz tan modesto, tan melifluo, tan pulcro? ¿Quién no recuerda a aquel hombrecillo pálido, de cabellos lacios, de ojos negros guardados de largas pestañas que apenas se alzaban del suelo con expresión tímida y humilde? Enseñó las primeras letras a tres generaciones y murió a los ochenta años declinando un pronombre relativo. Sosegado, grave, silencioso, atravesaba el salón de la escuela sin que nos diéramos cuenta de su presencia hasta que lo teníamos encima. La expresión apacible de su rostro no se turbaba jamás: no recuerdo haberle visto enfurecido. Un esbozo de sonrisa se dibujaba casi constantemente en sus labios. No era más que un conato de sonrisa, que comenzaba en el ángulo izquierdo de la boca y allí se detenía sin pasar jamás al derecho. Rara vez nos miraba a la cara; nos hablaba ceremoniosamente de usted y cuando nos reprendía lo hacía siempre en voz baja con los ojos puestos en el suelo como si se estuviese confesando de alguna falta. Nos tajaba las plumas, que eran de ave en aquella época, nos echaba tinta en los tinteros, nos corregía las planas con la mayor modestia y compostura, y cuando llegaba el caso, que llegaba con harta frecuencia, con la misma modestia y compostura empuñaba su vara y nos sacudía de lo lindo. Era un hombre tan modesto que cuando nos zurraba la piel parecía que nos estaba haciendo reverencias”.

Si se ha leído y comentado, por ejemplo, el cap. II de “*Juvenilia*”, habrá que releerlo para mostrar los aciertos que a cada paso comprobamos en la descripción que el autor nos hace del “menú” diario. Conviene hacer notar las expresiones felices que abundan en esa descripción. (Tiene el menú fijo en el estómago y el olfato; el caldo es un líquido incoloro, vago, misterioso; un sáballo, que contra el interés positivo de los escolares había muerto con dos días de anticipación, venía flotando en la onda incolora; no comían cordero, sino carnero, carnero respetable, anciana;

no; jamás pudieron vencer la córnea defensa paquidérmica del asado de tira; cerraba la marcha, con una conmovedora regularidad, ya un plato de arroz con leche, ya una fuente de orejones; aquel arroz con leche era sólido, compacto y las moléculas, estrechándose con violencia, le daban una dureza de coraza, etc. etc.).

“No puedo vencer el deseo de dar idea sucinta del menú; lo tengo fijo, grabado en el estómago y el olfato. Dentro de un líquido incoloro, vago, misterioso, algo como aquellos caldos precipitados que las brujas de la Edad Media hacían a medianoche al pie de una horca con su racimo, para beberlo antes de ir al sabbat, navegaban audazmente algunos largos y pálidos fideos. Un mes llevé estadística: había atrapado tres en treinta días, y eso que estaba en excelentes relaciones con el grande que servía, médico y diputado hoy, el doctor Luis Eyzaguirre, uno de los tipos más criollos y uno de los corazones más bondadosos que he conocido en la vida. Luego, siempre flotando sobre la onda incolora, pero siquiera en su elemento, venía un sábalo, el clásico sábalo que muchas veces, contra nuestro interés, había muerto con dos días de anticipación.

En seguida, carnero. Notad que no he dicho cordero; carnero respetable, anciano, cortado en romboides y polígonos desconocidos en el texto geométrico, huesosos, cubiertos de levísima capa triturable y reposando, por su peso específico, en el fondo del consabido líquido, que para el caso se revestía de un color parduzco. Cuando Eyzaguirre hundía la cuchara en el mar, clavábamos los ojos en la superficie, mientras hacíamos el tático y rápido cálculo sobre a quién tocaría el trozo saliente. De ahí amargas decepciones y júbilos manifiestos. Hacía el papel de pieza de resistencia un largo y escueto asado de costillas, cubierto de una capa venosa impermeable al diente. Habíamos corrido todo el día en el gimnasio, éramos sanos, los firmes dientes estaban habituados a romper la cáscara del coco y triturar el confite de Córdoba, el sábalo había tenido un éxito de respeto, debido a su edad: sin embargo, jamás vencimos la córnea defensa paquidérmica del asado de tira.

Cerraba la marcha, con una conmovedora regularidad, ya un plato de arroz con leche, ya una fuente de orejones. La leche, en su estado normal, es un líquido; ¿por qué se llamaba aquello “arroz con leche”? Era sólido, compacto y las moléculas, estrechándose con violencia, le daban una dureza de coraza. Si hubiéramos dado vuelta a la fuente, la composición, fiel al receptáculo, no se habría movido, dejando caer sólo la versátil capa de canela. En general, el color del orejón tira a dorado intenso, que comunica al líquido que lo acompaña. Además es un manjar silencioso. Aquél, no sólo afectaba un tinte negro y opaco, sino que, arenoso por naturaleza, sonaba al ser triturado”.

Se deben leer y comentar: "La oración a la bandera", de Joaquín V. González y los fragmentos del "Discurso de la bandera" de Sarmiento y de "Las cuentas del Gran Capitán", de Mitre, que se transcriben en las páginas siguientes.

ORACIÓN A LA BANDERA

Bandera de la patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y la fuerza con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; guía de la victoria en la guerra, y del trabajo y la cultura en la paz; vínculo sagrado e indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras; ¡juremos defenderla hasta morir antes que verla humillada!

Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, y en todo tiempo y lugar de la tierra donde ellos la condujeren; que a su sombra la Nación Argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos, y sea para todos los hombres mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia.

Joaquín V. González.

Joaquín V. González.—Estadista y escritor argentino (1863-1923), autor de "Mis montañas", "La tradición nacional", "Fábulas nativas", etc.

DISCURSO DE LA BANDERA

(FRAGMENTO)

Las naciones, hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse a los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo, ni hipogrifos fabulosos, ni unicornios, ni

aves de dos cabezas; ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero.

El sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida, una oliva para los hombres de buena voluntad; un laurel para las nobles virtudes, he aquí cuanto ofrecieron nuestros padres, y lo que hemos venido cumpliendo nosotros como República y harán extensivo a todas estas regiones como Nación, nuestros hijos.

Domingo F. Sarmiento.

Domingo F. Sarmiento.—Ilustre argentino nacido en San Juan el 15 de febrero de 1811. Desempeñó la presidencia de la Nación durante el período 1868-1874. Murió en el Paraguay el 11 de septiembre de 1888. Entre sus numerosas obras se destacan: "Recuerdos de provincia", "Facundo" o "Civilización y barbarie", "Argirópolis", "Las ciento y una".

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN

(FRAGMENTO)

En el general San Martín el rasgo primordial, la cualidad generatriz de que se derivan y deducen las que constituyen su carácter moral, es el genio de la moderación y del desinterés, ya sea que medite, luche, destruya, edifique, mande, obedezca, abdique o se condene al eterno ostracismo y al eterno silencio.

Concibió grandes planes políticos y militares, no para satisfacción de designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana.

Organizó ejércitos, no a la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal de los caudillos, sino bajo las leyes austeras de la disciplina, en nombre de la patria, y para servir a la causa de la comunidad.

Peleó, no por el amor estéril de la gloria militar, sino para hacer triunfar una idea de todos los tiempos.

Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que en ellas viviesen y se perpetuasen hombres libres.

Mandó, no por ambición, sino por necesidad y por deber, y mientras consideró que el poder era en sus manos un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto.

Fué conquistador y libertador sin fatigar a los pueblos por él redimidos con su ambición o su orgullo.

Administró con pureza el tesoro común, sin ocuparse de su propio bienestar, cuando podía disponer de la fortuna de todos sin que nadie pudiese pedirle cuentas.

Abdicó el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, sin debilidad, sin cansancio, y sin enojo, cuando comprendió que su misión había terminado, y que otro podría continuarla con más provecho de la América.

Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje a sus principios y en holocausto a su causa.

Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y esto, pensando en los demás; pasó sus últimos años en la soledad, sin rechazar la calumnia ni desafiar la injusticia, y murió sin quejas cobardes en los labios y sin odios amargos en el corazón.

Bartolomé Mitre.

Bartolomé Mitre.—Ilustre argentino nacido en Buenos Aires el 26 de junio de 1821. Desempeñó la presidencia de la Nación durante el período 1862-1868. Murió el 19 de enero de 1906. Entre su obra múltiple se destacan la "Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina" y la "Historia de San Martín y de la emancipación americana".

Parte Segunda

LECTURAS OBLIGATORIAS

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Se leerán y se comentarán las siguientes páginas literarias:

“Juvenilia”, de Miguel Cané (Dar idea de la obra y leer un capítulo por lo menos).

“Falucho y el sorteo de Matucana”, de Mitre.

“Polifemo”, de Armando Palacio Valdés.

“Platero y yo”, de Juan Ramón Jiménez. (Leer dos capítulos).

“El rastreador y el baqueano” (Sarmiento, “Facundo”, parte primera, cap. II).

“El hornero”, de Leopoldo Lugones.

“El Negro Falucho”, de Rafael Obligado.

“El sueño”, de Rafael Alberto Arrieta.

“Romance de las bodas de Remedios”, de Arturo Capdevila.

“Crepúsculo”, de José Asunción Silva.

“El vendedor de naranjas”, de Juana de Ibarbourou.

“La vuelta al hogar”, de Olegario V. Andrade.

De entre las siete poesías precedentes, cuya lectura y comentario es obligatorio hacer, se elegirán tres para que las reciten los alumnos.

"JUVENILIA" DE MIGUEL CANÉ

IDEA DE LA OBRA

En "Juvenilia" hace Miguel Cané la evocación de los años transcurridos en el Colegio Nacional. Nos cuenta sus estudios, sus aventuras, sus penas y sus alegrías, en páginas deliciosas.

Debía entrar en el Colegio Nacional tres meses después de la muerte de su padre, pero la tristeza del hogar, el espectáculo constante del duelo, el llanto silencioso de su madre, lo hicieron abreviar el plazo y pidió ingresar tan pronto como se celebraran los funerales.

Ya en el colegio, se oculta en los rincones, silencioso y triste, para llorar a solas. Siente el antagonismo de los compañeros contra el estudiante nuevo.

En los cinco años pasados en el colegio, sólo dos puntos negros persistieron para él: el despertar y la comida. A las cinco en verano, a las seis en invierno, la campana empezaba a sonar. El y sus compañeros aguzaban el ingenio para terminar con aquella campana. A veces cortaban la cuerda hasta la raíz, junto al badajo, pero el portero se procuraba una campana de mano, áspera y estridente. Entraba en los dormitorios y sacudía su infernal instrumento en los oídos de los alumnos.

El segundo obstáculo era la comida, invariable, igual, constante. Primero servían un líquido incoloro, vago, misterioso, en que navegaban audazmente algunos largos y pálidos fideos. Después un sábalo, el clásico sábalo que había muerto, indudablemente, con dos días de anticipación. Enseguida carnero, un carnero anciano, rodeado de una salsa de color parduzco.

Los primeros días de colegio fueron de desolación. Una

tarde, por casualidad, encuentra en uno de los cajones de su cómoda, un libro: "Los tres mosqueteros", de Alejandro Dumas. Aquel mundo de aventuras, amores y estocadas le causa una profunda impresión. Siguen a esa lectura "Veinte años después" y "El Vizconde de Bragelonne". Más tarde "El espía del gran mundo", "La gran artista y la gran señora", "La verdad de un epitafio", "El hijo del diablo", "Los misterios del castillo de Udolfo", y otras terroríficas novelas que poblaban su imaginación de extrañas pesadillas.

A veces, animado por algunos compañeros audaces, se escapaba con ellos del colegio durante algunas horas, para hacer una vida de vagabundaje por la ciudad. Protegidos por las sombras de la noche, se deslizaban por debajo del portón, que a pesar de estar resguardado por unas puntas de hierro dejaba un espacio libre entre ellas y el pavimento.

El doctor Agüero era el rector del colegio. Existía la costumbre de que un alumno le velara cada noche. Durante un par de horas tenían que leerle un libro para que se adormeciera. Leían siempre la vida de un santo en un volumen de tapas verdes, en cuya página ciento uno había eternamente un billete de veinte pesos (moneda de la época) y que todos los estudiantes sabían que había sido colocado expresamente por el rector, que cada mañana se aseguraba de la moralidad de sus alumnos.

Después de la velada les daba como recompensa un damasco y una galletita, que les hacía comer pausada y separadamente.

Después ocupó la dirección del colegio un profesor francés, gran erudito y de una mentalidad extraordinaria, Monsieur Amadeo Jacques.

"Jacques llegaba, indefectiblemente a las nueve de la mañana; averiguaba si había faltado algún profesor y en caso afirmativo, iba a la clase, preguntaba en qué punto del programa se encontraban, pasaba la mano por su vasta frente como para refrescar la memoria y en seguida, sin

vacilación, con un método admirable, les daba una explicación de química, de física, de matemáticas en todas las divisiones, retórica, historia, literatura, ¡hasta latín!”. Hablaba con elocuencia y el tiempo pasaba con gran facilidad hasta el punto de que a veces los alumnos se olvidaban de la campana y del ansiado recreo.

Cierta vez pretendieron los estudiantes hacer una revolución contra el vicerrector D. M. Torres. La encabezaban Adolfo Calle y Miguel Cané. Lanzaron gritos sediciosos contra la mala comida y la tiranía de Torres, ya que por su autoridad las escapadas nocturnas habían concluído. Algunos conjurados habían esparcido por los corredores algunas pequeñas bombas de estruendo que debían estallar al ser pisadas. Se oyeron algunas detonaciones... ¡Era Amadeo Jacques que entraba, irritado! Se acercó hacia donde estaba Miguel Cané, lo tomó de un brazo y lo condujo consigo. Un cuarto de hora después, Cané se encontraba expulsado, con su pequeño baúl, en la puerta del colegio.

Su madre, después de muchas instancias, consiguió la promesa de admisión, siempre que en los exámenes saliera bien. La suerte y su esfuerzo lo favorecieron y obtuvo ese año el premio de honor y volvió a ingresar en los claustros del internado.

Amadeo Jacques, a pesar de ser áspero y de carácter duro e irascible, era muy querido por los alumnos. “Adorábamos a Jacques —dice Cané— a pesar de su carácter, jamás faltábamos a sus clases y nuestro orgullo mayor, que ha persistido hasta hoy, es llamarnos sus discípulos’.

Una mañana en que vagaban por el claustro, asombrados de que hubiese pasado un cuarto de hora sin que M. Jacques se presentara, recibieron la noticia terrible: ¡Amadeo Jacques había muerto!

La impresión fué indescriptible; se les hizo un nudo en la garganta y se miraron unos a otros con los rostros blancos, lívidos.

Pasó el tiempo. En el Colegio Nacional provincianos y porteños formaban dos bandos cuyas diferencias se zanjaban a menudo en duelos parciales. Los provincianos eran las dos terceras partes de la totalidad y los porteños sólo un tercio; eran aquéllos más fuertes; pero los porteños se vengaban ridiculizándolos y remedándoles a cada instante.

A la conspiración vaga sucedió una organización contra los provincianos. Uno de sus compañeros le había dicho a Cané que si sentía algún ruido de noche, en los claustros de arriba, acometiera valerosamente al provinciano que tuviera más próximo y que lo pusiera fuera de combate. Que los porteños eran pocos y que solamente podría salvarlos el valor y la rapidez de la acción.

Una noche, de una a dos de la mañana, una detonación espantosa sacude los muros del Colegio. El arremete ciegamente, contra su vecino, da y recibe algunos golpes, pero la curiosidad puede más y todos corren a los claustros superiores.

“De todos los dormitorios afluían estudiantes, muchos de ellos armados. Aquél iba a ser un campo de Agramante; el Vicerrector, viéndose rodeado de sus fieles, salvó la barricada y comenzó a vociferar, abriendo sus vestidos, mostrando el pecho desnudo, desafiando a la muerte, etc.

Dos o tres expulsados, tres meses sin salida los domingos a casi todos e interminables horas de encierro a muchos de ellos, volvieron a poner las cosas en su estado normal.

El encierro es un recuerdo punzante que no lo abandona; eterno candidato para ocuparlo, su huésped frecuente, conocía una por una sus condiciones, sus escasos recursos, sus numerosas inscripciones y aquel olor húmedo, acre, que se le incrustaba en la nariz y le acompañaba una semana entera. La puerta daba a un descanso de la escalera que se abría frente al gimnasio.

Era una pieza baja, de bóveda; cuatro metros cuadra-

dos. Tenía un escaño de cal y canto, demasiado estrecho para acostarse y que daba calambres en la espalda a la hora de estar sentado en él. Una luz insignificante entraba por una claraboya lateral y muy alta, por donde los compañeros solían tirar con maestría algunos comestibles con que combatir el clásico régimen de pan y agua.

¡Oh! las horas mortales pasadas allí dentro, tendido en el suelo, llena de tierra la cabeza, el cuerpo dolorido, los oídos tapados para no oír el ruido embriagador de la partida de rescate.”

¡Años de adolescencia! Todo pasó después, rápido como un sueño.

Mucho tiempo más tarde, ya hombre, ya escritor famoso, vuelve Miguel Cané a entrar en el Colegio, esta vez como profesor. Se lanza a todos los viejos rincones conocidos y al pasar las bóvedas del claustro, se levantan sus recuerdos, obedientes a una evocación simpática.

Y examina a los alumnos, uno por uno, con una gran bondad, una gran generosidad, una cordial sonrisa, recordando sus tiempos de estudiante y recordando también a sus compañeros.

—Bendigo —dice Miguel Cané— mis años de Colegio, y ya que he trazado estos recuerdos, que la última palabra sea de gratitud para mis maestros y de cariño para los compañeros que el azar de la vida ha dispersado a todos los rumbos.

EN EL COLEGIO

El segundo obstáculo insuperable fué la comida, invariable, igual, constante. En los primeros tiempos, apenas entrábamos al refectorio, un alumno trepaba a una especie de púlpito y así que atacábamos la sopa, comenzaba

con voz gangosa a leernos una vida de santo o una biografía de la Galería Histórica Argentina, siendo para nosotros obligatorio el silencio y, por lo tanto, el fastidio.

No puedo vencer el deseo de dar una idea sucinta del menú; lo tengo fijo, grabado en el estómago y el olfato. Dentro de un líquido incoloro, vago, misterioso, algo como aquellos caldos precipitados que las brujas de la Edad Media hacían a media noche al pie de una horca con su racimo, para beberlo antes de ir al *sabbat*, navegaban audazmente algunos largos y pálidos fideos. Un mes llevé estadística: había atrapado tres en treinta días, y eso que estaba en excelentes relaciones con el *grande* que servía, médico y diputado hoy, el doctor Luis Eyzaguirre, uno de los tipos más criollos y uno de los corazones más bondadosos que he conocido en mi vida.

Luego siempre flotando sobre la onda incolora, pero siquiera en su elemento, venía un sábaló, el clásico sábaló que muchas veces, contra nuestro interés positivo, había muerto con dos días de anticipación.

En seguida, carnero. Notad que no he dicho cordero; carnero, carnero respetable, anciano, cortado en romboïdes y polígonos desconocidos en el texto geométrico, huesosos, cubiertos de levísima capa triturable y reposando, por su peso específico, en el fondo del consabido líquido, que para el caso se revestía de un color parduzco. Cuando Eyzaguirre hundía la cuchara en aquel mar, clavábamos los ojos en la superficie, mientras hacíamos el tácito y rápido cálculo sobre a quién tocaría el trozo saliente. De ahí amargas decepciones y júbilos manifiestos.

Hacía el papel de pieza de resistencia un largo y escueto asado de costillas, cubierto de una capa venosa impermeable al diente. Habíamos corrido todo el día en el gimnasio, éramos sanos, los firmes dientes estaban habituados a romper la cáscara del coco y triturar el confite de Córdoba, el sábaló había tenido un éxito de respeto, debido

a su edad; sin embargo, ¡jamás vencimos la córnea defensa paquidérmica del asado de tira!

Cerraba la marcha, con una conmovedora regularidad, ya un plato de arroz con leche, ya una fuente de orejones.

La leche, en su estado normal, es un elemento líquido; ¿por qué se llamaba aquello “arroz con leche”? Era sólido, compacto, y las moléculas estrechándose con violencia, le daban una dureza de coraza. Si hubiéramos dado vuelta a la fuente, la composición, fiel al receptáculo, no se habría movido, dejando caer sólo la versátil capa de canela.

En general, el color del orejón tira a un dorado intenso, que se comunica al líquido que lo acompaña. Además, es un manjar delicioso. Aquél no sólo afectaba un tinte negro y opaco, sino que, arenoso por naturaleza, sonaba al ser triturado.

¡Luego al gimnasio, a correr, a hacer la digestión!

*

Había la vieja costumbre, desde que el doctor Agüero se puso achacoso, de que un alumno le velara cada noche. No se acostaba; sobre un inmenso sillón Voltaire (¡no sospechaba el anciano la denominación!) dormitaba por momentos, bajo la fatiga. Teníamos que hacerle la lectura durante un par de horas para que se adormeciera con la monotonía de la voz y tal vez con el fastidio del asunto. ¡Cuán presente tengo aquel cuarto, débilmente iluminado por una lámpara suavizada por una pantalla opaca; aquel silencio, sólo interrumpido por el canto del sereno, y, al alba, por el paso furtivo de algún fugitivo que volvía al redil! Leíamos siempre la vida de un santo en un libro de tapas verdes, en cuya página ciento uno había eternamente un billete de veinte pesos moneda corriente, que todos los estudiantes del Colegio sabíamos haber sido colocado allí expresamente por el buen Rector, que cada mañana se aseguraba ingenuamen-

te de su presencia en la página indicada y quedaba encantado de la moralidad de sus hijitos, como nos llamaba.

Más de una noche me he recostado en el sofá al alcance de su mano, donde me tendía vestido; me daba una palmadita en la cabeza y me decía con voz impregnada de cariño: "Duerme, niño, todavía no es hora". La hora eran las cinco de la mañana, en que pasábamos a una pieza contigua, hacíamos fuego en un brasero, siempre con leña de pino, y le cebábamos mate hasta las siete. Luego nos decía: "Ve a tal armario, abre tal cajón y toma un plato que hay allí. Es para ti". Era la recompensa, el premio de la velada, y lo sabíamos de memoria: un damasco y una galletita americana, que nos hacía comer pausada y separadamente; el damasco el último.

Jamás se nos pasó por la mente la idea de protestar contra aquella servidumbre; tenía esa costumbre tal carácter afectuoso, patriarcal, que la considerábamos como un deber de hijos para con el padre viejo y enfermo.

Sólo uno que otro desaforado aprovechaba el sueño del anciano, durante su velada de turno, ya para escaparse, ya para darse una indigestión de uvas, trepado como un mono en las ricas parras del patio.

El doctor Agüero fué un hombre de alma buena, pura y cariñosa; sobrevivió muy pocos meses a su separación del Colegio y hoy reposa en paz bajo las bóvedas de la Catedral de Buenos Aires.

LAS VACACIONES

Pasábamos las vacaciones en nuestra casa de campo, como considerábamos legítimamente el punto que hasta hace poco tiempo fué conocido por el nombre de *Chacarita de los Colegiales*, y que más tarde, al perder el último térmi-

no de su denominación, debía adquirir tanta fama por los acontecimientos de junio de 1880...

Buena, sana, alegre, vibrante aquella vida de campo. Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el aire lleno de emanaciones balsámicas, los árboles frescos y contentos; el espacio abierto a todos los rumbos, nos hacían recordar con horror las negras madrugadas del Colegio, el frío mortal de los claustros sombríos, el invencible fastidio de la clase de estudio. En la Chacarita estudiábamos poco, como era natural; podíamos leer novelas libremente, dormir la siesta, salir en busca de *camuatís* y, sobre todo, organizar con una estrategia científica, las expediciones contra los "vascos".

Los "vascos" eran nuestros vecinos hacia el Norte, precisamente en la dirección en que los dominios colegiales eran más limitados. Separaba las jurisdicciones respectivas un ancho foso, siempre lleno de agua y de bordes cubiertos de una espesa planta baja y bravía. Pasada la zanja, se extendía un alfalfar de una media cuadra de ancho, pintorescamente manchado por dos o tres pequeñas parvas de pasto seco. Más allá el jardín de las Hespérides, los Campos Elíseos, el Edén, la tierra prometida. Allí en pasmosa abundancia, crecían las sandías, robustas, enormes, cuyo solo aspecto apartaba la idea de la *caladura* previsoras; la sandía ajena, vedada, de carne roja como el lacre, el *cucúrbita citrullus* famoso, cuya reputación ha persistido en el tiempo y el espacio; allí doraba el sol esos melones de origen exótico, redondos, incitantes en su forma ingénita de tajadas, los melones exquisitos, de suave pasta perfumada y de exterior caprichoso, grabado como un papiro egipcio. No tenían rivales en la comarca, y es de esperar que nuestra autoridad sea reconocida en esa materia. Las excursiones a otras chaeras nos habían siempre producido desengaños; la nostalgia de la fruta de los "vascos" nos perseguía a todo momento y jamás vibró en oído humano, en sentido

menos figurado, el famoso verso de Garcilaso de la Vega.

Pero debo confesar que los "vascos" no eran lo que en el lenguaje del mundo se llama personajes de trato agradable. Robustos los tres, ágiles, vigorosos y de una musculatura capaz de ablandar el coraje más probado, eternamente armados con sus horquillas de lucientes puntas, levantando una tonelada de pasto en cada movimiento de sus brazos ciclópeos, aquellos hombres, como todos los mortales, tenían una debilidad suprema: ¡amaban sus sandías, adoraban sus melones! Dos veces ya los hados propicios nos habían permitido hacer con éxito una *razzia* en el cercado ajeno, cuando un día...

Eran las tres de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando, saltando subrepticamente por una ventana del dormitorio donde más tarde debía alojarse el 1º de caballería de línea, nos pusimos tres compañeros en marcha silenciosa hacia la región feliz de las frescas sandías. Llegados al foso, lo costeamos hasta encontrar el vado conocido, allí donde habíamos tendido una angosta tabla, puente de campaña no descubierto aún por el enemigo. Lanzamos una mirada investigadora: ¡ni un vasco en el horizonte! Nos dividimos y mientras uno se dirigía a la izquierda, donde florecía el *cantaloup*, dos nos inclinamos a la derecha, ocultando el furtivo paso por entre el alfalfar en flor. Llegamos, y rápidos buscamos dos enormes sandías que en la pasada visita habíamos resuelto dejar madurar algunos días aún. La mía era inmensa, pero su mismo peso me auguraba indecibles delicias.

Cargué con ella, y cuando bajé los ojos para buscar otra pequeña con que saciar la sed sobre el terreno... Un grito, uno sólo, intenso, terrible, como el de Telémaco, que petrificó el ejército de Adrasto, rasgó mis oídos. Hendí la mirada al campo de batalla; ya la izquierda, representada por el compañero de los melones, batía presurosa retirada.

De pronto, detrás de una parva, un vasco horrible, inflamado, sale en mi dirección, mientras otro pone la proa sobre mi compañero, armados ambos del pastoril instrumento cuyo solo aspecto comunica la ingrata impresión de encontrarse en los aires, sentado incómodamente sobre dos puntas aceradas que penetran...

¡Cómo corría, abrazado tenazmente a mi sandía! ¡Qué indiferencia suprema por la gorra ingrata que me abandonó en el momento terrible, quedando como trofeo sobre el campo enemigo! Y, sobre todo, ¡cuán veloz me parecía aquel vasco, cuyo respirar de fuelle de herrería creía sentir rozarme los cabellos! Volábamos sobre la alfalfa: ¡qué larga es media cuadra!

Un momento cruzó mi espíritu la idea de abandonar mi presa a aquella fiera para aplacarla. Los recuerdos clásicos me autorizaban; pensé en Medea, en Atalanta, pensé en los jefes de caballería que regaban el camino de la "retirada" con las prendas de su apero; pensé... ¡No! ¡Era una ignominia! Llegar al dormitorio y decir: "¡Me ha corrido el vasco y me ha quitado la sandía!" ¡Jamás! Era mi escudo lacedemonio: ¡vuelve con él o sobre él!

Instintivamente había tomado la dirección del vado; pero el vasco de mi compañero, por medio de una diagonal había llegado antes que yo, y debo declarar que, a pesar de la persecución personal del mío, los tres vascos me eran igualmente antipáticos. ¡Marché de cara al sol! Como el Byron de Núñez de Arce. Mi agilidad proverbial, aumentada por las fatigas diarias del rescate, había brillado en aquella ocasión; así, cincuenta pasos antes de llegar al foso, mi partido estaba tomado. Puse el corazón en Dios, redoblé la ligereza y salté... Una desagradable impresión de espinas me reveló que había salvado el obstáculo; pero ¡oh, dolor! ¡en el trayecto se me había caído la sandía, que yacía entre las aguas cenagosas del foso!

Me detuve y observé a mi vasco: ¿daría el salto? Lo deseaba en la seguridad que iría a hacer compañía a la sandía. Pero aquel hombre terrible meditó, y plantándose del otro lado de la zanja, apoyado en su tridente, empezó a injuriarme de una manera que revelaba su educación sumamente descuidada. Escapa a mi memoria si mi actitud en aquellas circunstancias fué digna; sólo recuerdo que en el momento en que tomaba un cascote, sin duda para darle un destino contrario a los intereses positivos de mi vasco, vi a mis dos compañeros correr en dirección a "las casas" y al vasco de los melones despuntar por el vado y dirigirse a mí. De nuevo en marcha precipitada, pero seguro ya del triunfo...

Eran las tres y media de la tarde, y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando con la cara incandescente, los ojos saltados, sin gorra, las manos ensangrentadas por los zarzales hostiles, saltamos por la ventana del dormitorio. Me tendí en la cama y, mientras el cuerpo reposaba con delicia, reflexioné profundamente en la velocidad inicial que se adquiere cuando se tiene un vasco irritado a retaguardia, armado de una horquilla.

Miguel Cané.

Noticia biobibliográfica de Miguel Cané.—Hijo del publicista del mismo nombre, nació Miguel Cané en Montevideo el 2 de enero de 1851. Sus padres volvieron a Buenos Aires después de Caseros, cuando él contaba apenas dos años de edad.

Realizó sus estudios como interno y bajo los rectorados de Agüero y de Jacques, en el Colegio Nacional que fundara Mitre. **Juvenilia** es el regocijado testimonio que nos dejara Cané de aquellos años de estudiante. Ingresó más tarde en la Facultad de Derecho y se graduó de abogado en 1872, siendo condiscípulo de Roque Sáenz Peña, de Carlos Pellegrini y de Aristóbulo del Valle. Dedicado a la política fué diputado y senador nacional. Como periodista colaboró en "La Tribuna" y en "El Nacional", donde también escribían Vélez Sarsfield y Sarmiento, por quienes sintió siempre Cané una fervorosa admiración. Fué Director General de Correos y Telégrafos, Intendente Municipal de Buenos Aires, Ministro de Relaciones Exteriores y del Interior durante la Presidencia de Luis

Sáenz Peña, decano de la facultad de Filosofía y Letras y representante diplomático de nuestro país ante los gobiernos de Colombia, Venezuela, Austria-Hungría, Alemania y España. Residió varios años en París y murió en Buenos Aires el 5 de Setiembre de 1905.

Varios volúmenes integran la obra de Miguel Cané, escrita casi toda en sus años de misión diplomática. Su estilo es elegante y su prosa cuidada, aunque fragmentaria. Su labor está constituida por notas, ensayos, impresiones de viaje y charlas literarias. No fué un creador, pero sí un observador sagaz que supo llevar a su obra su innato sentido de la jovialidad y del optimismo, sin apartarse de la veracidad de los hechos que relatara.

La más importante de sus obras es **Juvenilia** escrita en 1882. Es éste un bello libro de prosa fácil y entretenida que revela a un verdadero narrador. Cané relata en él, en forma pintoresca, la vida de los alumnos del Colegio Nacional. Ese libro hizo que conquistara un puesto destacado en nuestra literatura, al pintar en él con mano maestra el cuadro más fidedigno y sincero de la vida estudiantil en la época de 1863 a 1870 y del Buenos Aires de entonces.

Sus obras más importantes son: **Ensayos** (1877); **En viaje** (1884); **Charlas literarias** (1885); **Notas e impresiones** (1901) y **Prosa ligera** (1903).

Otra de las obras de Cané que no puede dejar de recordarse es su traducción del **Enrique IV**, de Shakespeare, que demuestra, conjuntamente con el estudio sobre el dramaturgo inglés que la precede, la vastedad de su cultura literaria y la certeza de su juicio crítico.

“Era Miguel Cané —dice Ricardo Rojas— un escritor de raza, por talento hereditario, por sugestión doméstica, por afición constantemente cultivada desde la adolescencia precoz”.

FALUCHO Y EL SORTEO DE MATUCANA

En la noche del 6 de febrero, subsiguiente a la de la sublevación, hallábase de centinela en el torreón del Real Felipe un soldado negro, del Regimiento del Río de la Plata, conocido en el Ejército de los Andes con el nombre de guerra de *Falucho*.

Era Falucho un soldado valiente, muy conocido por la exaltación de su patriotismo, y sobre todo por su entusiasmo por cuanto pertenecía a Buenos Aires. Como uno de tantos que se hallaban en igual caso, había sido envuelto en la su-

blevación, que hasta aquel momento no tenía más carácter que el de un motín de cuartel.

Mientras que aquel obscuro centinela velaba en el alto torreón del castillo, donde se elevaba el asta-bandera, en que hacía pocas horas flameaba el pabellón argentino, Casariego decidía a los sublevados a enarbolar el estandarte español en la obscuridad de la noche, antes de que se arrepintiesen de su resolución.

Sacada la bandera española de la sala de armas, donde se hallaba rendida y prisionera, fué llevada en triunfo hasta el baluarte de Casas-Matas, en donde debía ser enarbolarada primeramente, afirmándola con una salva general de todos los castillos.

Faltaba poco para amanecer, los primeros resplandores de la aurora iluminaban el horizonte y el mar Pacífico estaba sereno.

En aquel momento se presentaron ante el negro Falucho los que debían enarbolar el estandarte, contra el que combatía después de catorce años.

A su vista el noble soldado, comprendiendo su humillación, se arrojó al suelo y se puso a llorar amargamente, prorrumpiendo en sollozos.

Los encargados de cumplir lo ordenado por Moyano, admirados de aquella manifestación de dolor, que acaso interpretaron como un movimiento de entusiasmo, ordenaron a Falucho que presentase el arma al pabellón del Rey que se iba a enarbolar.

—Yo no puedo hacer honores a la bandera contra la que he peleado siempre —contestó Falucho con melancólica energía, apoderándose nuevamente del fusil que había dejado caer.

—¡Revolucionario! ¡Revolucionario! —gritaron varios a un mismo tiempo.

—¡Malo es ser revolucionario, pero peor es ser traidor! —exclamó Falucho con el laconismo de un héroe de la an-

tigüedad; y tomando su fusil por el cañón, lo hizo pedazos contra el asta-bandera, entregándose nuevamente al más acerbo dolor.

Los ejecutores de la traición, apoderándose inmediatamente de Falucho le intimaron que iba a morir, y haciéndole arrodillarse en la muralla que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocaron a quemarropa sus armas al pecho y a la cabeza. Todo era silencio y las sombras flotantes de la noche aun no se habían disipado. En aquel momento brilló el fuego de cuatro fusiles, se oyó su detonación: resonó un grito de *¡Viva Buenos Aires!* y luego, entre una nube de humo, se sintió el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de Falucho que caía gritando *¡Viva Buenos Aires!* ¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazón de un soldado tosco y obscuro!

Así murió Falucho como un guerrero digno de la República de Esparta, enseñando cómo se muere por sus principios y cómo se protesta bajo el imperio de la fuerza. Para enarbolar la bandera española en los muros del Callao fué necesario pasar por encima de su cadáver. Se enarbó al fin, pero salpicada con su sangre generosa, y aun tremolando orgullosamente en lo alto del baluarte; el valiente grito de *¡viva Buenos Aires!* fué la noble protesta del mártir contra la traición de sus compañeros. Esa protesta fué sofocada por el estruendo de la artillería en los baluartes del Callao.

Falucho había nacido en Buenos Aires, y su nombre verdadero era Antonio Ruiz. Pocos generales han hecho tanto por la gloria como ese humilde y obscuro soldado, que no tuvo un sepulcro, que no ha tenido una corona de laurel, y cuyo nombre todavía no ha sido registrado en la historia de su patria.

¡El martirio de Falucho no fué estéril!

Pocos días después se sublevaron en la Tablada de Lu-

rín dos escuadrones del Regimiento de Granaderos a Caballo, y deponiendo a sus jefes y oficiales, marcharon a incorporarse a los sublevados del Callao. A la distancia vieron flotar el pabellón español en las murallas. A su vista, una parte de los granaderos, que ignoraba que los sublevados hubiesen proclamado al rey, volvieron avergonzados sobre sus pasos, como si la terrible sombra de Falucho les enseñase airada el camino del honor. Sólo los más comprometidos persistieron en su primera resolución y volvieron sus armas contra sus antiguos compañeros, quedando así disuelto por el motín y la traición el memorable Ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

.....
 La columna siguió su marcha ascendiendo siempre a lo largo de la quebrada.

Luego que la división llegó al pueblo de San Juan de Matucana, que dista 19 leguas de Lima, los prisioneros fueron colocados sobre la ribera del río del mismo nombre, bajo la guardia de dobles centinelas de vista. Inmediatamente se presentó el general García Camba, jefe de estado mayor de la división, acompañado del general español Fur. El primero (a quien se atribuye haber instigado a Monet a cometer el acto de barbarie que se ejecutó en ese día, y que en sus *Memorias* se justifica mal del cargo), ordenó a los prisioneros que se formasen en ala, lo que ejecutaron todos, con excepción del general don Pascual Vivero, que estaba separado de ella, y que era el mismo que se había sublevado contra el rey de España entregando la plaza de Guayaquil.

Así que los prisioneros estuvieron formados, García Camba les habló en términos duros con el semblante airado que le era habitual.

—Señores —les dijo—, tengo orden terminante del general de la división de sortear a ustedes para que mueran dos por los dos que se han fugado; en la inteligencia de que, de hoy en adelante, serán responsables los unos de los

otros, pues si se fugan diez, serán fusilados diez; y si se fugase la mitad, morirá el resto.

El doctor López Aldana, auditor de guerra del Ejército Independiente, el hombre de la justicia, el representante del derecho en presencia de la fuerza, fiel a sus compañeros de infortunio y a los sagrados deberes del abogado, no pudo contener su indignación, y levantó su voz enérgica en favor de los oprimidos, como si abogase ante el tribunal; y para honor de la humanidad esta defensa se ha salvado por la tradición oral.

—En ninguna parte se ha visto —dijo López Aldana— que la víctima sea custodia de la víctima. En las sociedades bárbaras no se recuerda un hecho tan atroz ni tan injusto. Que responda el oficial de las faltas, pero jamás ninguno de los prisioneros, porque ninguno ha negado ni niega sus brazos y sus pies a las cadenas que quieran ponerles. Sobre todo, reclamo que se observe con nosotros el derecho de gentes y...

—Bastante se ha observado el derecho de gentes con usted y sus compañeros —le interrumpió Camba— pues tienen aún la cabeza sobre los hombros.

Inmediatamente se dispuso lo conveniente para proceder al sorteo, y los prisioneros, comprendiendo que se hallaban bajo el peso de una resolución implacable, guardaron silencio, salvando así su dignidad y esperando tranquilamente el misterioso fallo del destino.

El coronel argentino Videla Castillo, que formaba, por su elevada graduación, a la cabeza de sus compañeros, quiso hacer aún un último esfuerzo por ellos, inmolándose por la salvación común.

—Va a procederse al sorteo —dijo Camba, en alta voz, dirigiéndose a los prisioneros.

—¿Con qué derecho se hace esto? —le preguntó Videla Castillo.

—¡ Con el derecho del que lo puede! —repuso secamente Camba.

—Bien; tenga usted cuidado con la represalia, señor Camba.

—Señores, va a procederse al sorteo —volvió a repetir Camba.

—¡ Es inútil esa suerte! —dijo con tranquila firmeza el noble coronel Videla Castillo.— Aquí estamos dos coroneles: elija usted cuál de los dos ha de morir, o fusílesenos a los dos juntos si se quiere, y hemos concluído.

—¡ No! ¡ No! ¡ A la suerte! —gritaron casi a un mismo tiempo todos los prisioneros.

El general Vivero, que en este intervalo había advertido lo que pasaba en el campo de los prisioneros, se dirigió hacia donde ellos estaban, y sin proferir una palabra se formó tranquilamente a la cabeza de la fila, como si fuese a cumplir con un deber ordinario del servicio.

Era el general don Pascual Vivero un anciano de más de setenta años, de figura marcial y fisonomía simpática, a la que daban apacible majestad los blancos cabellos que coronaban su cabeza.

García Camba, que se hallaba en aquel momento distraído presidiendo los preparativos del sorteo, notó al general Vivero al levantar la vista.

—Señor don Pascual —le dijo, haciéndole con la mano ademán para que se retirase— con usted no reza la orden.

—¡ Sí, reza! —contestó sencillamente el noble anciano, con el sublime laconismo del padre de los Horacios.

—No, señor don Pascual, esta orden sólo reza para los prisioneros que marchaban unidos.

—Debe rezar conmigo, porque debo participar de la suerte de mis compañeros, así en las desgracias como en las felicidades. Por mi grado me corresponde sacar la primera suerte.

—¡ Se va a proceder al sorteo! —gritó el implacable je-

fe de estado mayor, sin darse por entendido de la insistencia.

Entonces el general Vivero, sensibilizado en presencia de tantos jóvenes que iban a jugar sus vidas, se dirigió al ejecutor de tan tiránica orden, hablándole en estos términos:

—Soy un viejo soldado que ha sido traidor a Fernando VII, que ha entregado la plaza de Guayaquil, y he devuelto todos mis honores al rey. He perdido dos hijos en el campo de batalla, han muerto defendiendo su patria, que es también la mía, porque era mía la sangre que derramaron. De consiguiente, poco útil puedo ser ya a la patria: esos jóvenes todavía pueden darle días de gloria, por lo que pido y suplico que se sacrifique a este pobre viejo, y que se salven tan preciosas vidas.

García Camba, que en aquel momento escribía las cedulillas del sorteo a muerte, sobre una caja de guerra que le tenía su tambor de órdenes, no oyó, o acaso aparentó no oír, las sentidas palabras del generoso anciano.

Escritas las cedulillas, eran dobladas por el tambor y arrojadas en el morrión cónico de un sargento del Regimiento de Cantabria, que daba ese día la guardia. Acto continuo se procedió a pasar la lista a los prisioneros, que para algunos de ellos iba a ser la última lista de la vida.

Sentimos no poder dar los nombres de todos los jefes y oficiales que pasaron aquella fúnebre lista, jugando con serenidad la vida. He aquí los únicos que he podido recoger: auditor de guerra, López Aldana. Jefes: Videla Castillo (José), Ortega Carrasco (don Eduardo), Medina, Magan (Escolástico), Agüero, Llicio, Girouf (Eugenio), Tenorio. Oficiales: Díaz (Pedro José, muerto de coronel en Buenos Aires), Gómez, Pando, Caveró, Belareso, Campana, Lista (don Ramón, muerto en Buenos Aires, de coronel), Ortiz, Heredia, Castro, Prudan (Juan Antonio), Pérez, Jiménez, Callejas, Reaño, Noriega, Ríos, Quiroga, Carrillo, Grados Cheguecas, Gayangos, Lucero, Miró, Funes, Alvarez, Cal-

derón, Muñiz, González, Taramona, González (Lorenzo Román), González (José Ignacio), Pérez (José Miguel), dos hermanos Dulanto, dos hermanos Barrones, Castro, Tapia, Tineo, Fernández, Gómez, Cabanillas, Ariste, Godoy, Pérez (Manuel), Luján, Oliva, López (Manuel).

El orden de formación, dando frente al río, que corría como a diez pasos, era el siguiente: general Vivero, español; coronel Videla Castillo, de la Punta de San Luis; coronel Ortega, colombiano; mayor Escolástico Magan, argentino; capitán Manuel López, de Córdoba; capitán don Pedro José Díaz, de Mendoza; mayor Tenorio, peruano; capitán Ramón Lista, de Buenos Aires.

Seguían sucesivamente todos los demás, entre los cuales se hallaban representadas todas las provincias de la República Argentina, en aquella época, incluso la Oriental, no deteniéndonos más en esta revista, por ser los nombrados los únicos (con excepción de uno solo), a quienes les cupo el terrible honor de tomar suerte, como se verá más adelante.

El primero que metió la mano en el morrión que contenía la ciega sentencia de muerte que pesaba sobre aquellas nobles cabezas fué el coronel don José Videla Castillo. Tomó su cédula sin que se le notase agitación en el pulso, la abrió y vió que era *blanca*, y ningún síntoma de alegría se dibujó en su semblante austero y reposado.

El coronel Ortega, el mayor Magan, los capitanes Reaño, López y don Pedro José Díaz, tomaron sus cédulas, con igual serenidad, imitando el bello ejemplo que les daba su jefe. A todos ellos les tocó *blanca*.

Parecía imposible que entre tantas almas tan bien templadas pudiese haber un cobarde, y sin embargo lo hubo. El nombre de ese infame debe clavarse en la picota de la historia para eterno baldón suyo, y nos honramos en ser los primeros que lo damos a luz, para hacer resplandecer más

la sublimidad del heroísmo estigmatizando la cobardía como merece.

Cuando llegó su turno al mayor Tenorio, su rostro se demudó, y retiró instintivamente la mano que iba a meter en el morrión fatal, que contenía la vida o la muerte.

—¡Yo no tomo cédula! —exclamó al fin, el cobarde Tenorio, después de algunos momentos de vacilación en que no vió por todas partes sino semblantes adustos.

—Tome usted su suerte como los demás —le ordenó con imperio García Camba.

—Que declare primero el señor —dijo Tenorio, señalando a Lista que estaba a la izquierda— él sabe quiénes son los que protegieron la fuga.

—¡Yo no sé nada! —interrumpió bruscamente Lista— Venga la suerte.

—Usted me ha dicho que sabía quiénes eran; y no deben pagar los justos por los pecadores.

—¡Es usted un infame! —le apostrofó Lista—. Si yo he dicho algo a usted será en el seno de la confianza. ¡A ver, venga mi suerte! —añadió, metiendo la mano en el morrión fatídico del impasible sargento de Cantabria y sacando una cédula que se dispuso a desdoblar con sangre fría.

En aquel momento salió un joven de entre las filas, y adelantándose cuatro pasos, exclamó con voz vibrante:

—¡Yo soy uno!

—¡Yo soy el otro! —dijo inmediatamente otro oficial que imitó la acción de su compañero.

—¡Venga la suerte! ¡Venga la suerte! —gritaron todos a un mismo tiempo, a excepción del infame Tenorio.

—¡Es inútil! —les contestaban aquellos dos grandes corazones, que se ofrecían al sacrificio como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas.

El primero de éstos, joven todavía, en la edad de las verdes promesas de la vida, se llamaba don Juan Antonio Prudan, y era natural de Buenos Aires.

El segundo, de edad más provecta, con la frente calva y con una orla de cabellos negros que le circundaban el cráneo, dándole un aspecto imponente, era el capitán don Alejo Millán, hijo de Tucumán.

Ambos habían hecho casi todas las campañas de la independencia, especialmente Millán, quien había estado presente en todas las guerras del Alto Perú. Prudan, prisionero en Vilcapugio, había permanecido siete años prisionero en las Casas-Matas del Callao, hasta que la expedición de San Martín a Lima puso fin a su largo cautiverio.

Sin embargo de la tranquila resolución de Prudan y Millán, todos exigían que se continuase el sorteo.

—¡Es inútil! —volvió a repetir Millán— En prueba de que soy yo el que debe morir, aquí está una carta del coronel Estomba.

—En el equipaje que viene en mi maleta se encontrará la casaca de Luna —dijo Prudan.

—¡No les crean! —gritaron a una vez todos los prisioneros.

—¡Es cierto! —contestaba Prudan.

—No hay que afligirse —añadía Millán, con entereza— ¡verán morir a dos valientes!

—Es inútil seguir la suerte —dijo entonces con frialdad García Camba— habiéndose presentado los dos culpables, serán fusilados.

Millán, prisionero de los españoles en la batalla de Ayohuma, y que había estado encerrado en las Casas-Matas del Callao cerca de siete años, dijo entonces:

—Prefiero la muerte, de cualquier modo que sea, a los tormentos de ser presidiario de los españoles.

Bartolomé Mitre.

POLIFEMO

El coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aun más que esto, infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El Coronel era tuerto. En la guerra de Africa había dado muerte a muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aun palpitantes. Esto creíamos al menos ciegamente todos los chicos que al salir de la escuela íbamos a jugar al parque de San Francisco, en la noble y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente, los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su voz fragosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El coronel era sordo también, y no podía hablar sino a gritos.

—Voy a comunicarle a usted un secreto —decía a cualquiera que le acompañase en el paseo—. Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen a doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo; pero cuando algún amigo se acercaba, hallábalo propicio. Quizá aceptase de buen grado la compañía por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba aprisionada su voz potente. Lo cierto es que en cuanto tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía. No era ya un paseo público; entraba en los

dominios exclusivos del Coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo, del guerrero de Africa. De tal modo, que el clérigo que le acompañaba (a tal hora, sólo algunos clérigos acostumbraban a pasear por el parque), parecía estar allí únicamente para abrir, ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del Coronel poseía. ¡Cuántas veces oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba a arrojarse sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse a él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho o diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo, he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón o moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones: “¿Se lo habrá merendado ya?” Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos a la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día u otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanginario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho aquellos signos de terror y abatimiento que debían de ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constantemente en sus ojos una alegría cordial que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío marchaba con la mayor soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras acompasadamente, llegando su audacia o su ino-

cencia hasta a hacernos muecas a espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viésemos bailar sobre la flecha de la torre de la catedral. “¡Gaspar!” El aire vibraba y transmitía aquel bramido a los confines del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamara una sirena: “¿Qué quiere usted, tío?”, y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía al nombre de Muley, en recuerdo sin duda de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender a nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin peligro de que el Coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y otras golosinas que nuestras mamás nos daban para merendar. El Muley lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable a perros y hombres, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo, entre niños, no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano, llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bien: las preferencias de Muley estaban para él. (Los rabotazos más vivos, las carocas más subidas y vehementes, a él se consagraban, en menoscabo

de los demás). ¡Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría!

¿Adivinaba el Muley que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro; pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro o a las chapas y se presentaba por allí de improviso Muley, ya se sabía, llamaba aparte a Andresito y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero estas entrevistas rápidas y llenas de zozobra fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y a solas.

Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó a presencia nuestra el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denomina la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el Coronel aun no se había ido del paseo ni advirtió la deserción de su perro.

Repitiéronse una tarde y otra tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por el Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aun no estaba contento el hospiciano. En su mente germinó la idea de llevarse el Muley a dormir con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores al lado del cuarto de éste, en un jergón fementido de hojas de maíz. Una tarde condujo al perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en su vida otras caricias que las del Muley. Los maestros primero, el cocinero

después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados. Allá al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa.

—Mira, Muley —dijo en voz baja, mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas lo soltó. El Muley corrió a casa de su dueño; pero a la tarde ya estaba en el parque dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de una sima.

Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando a los botones, oímos detrás dos formidables estampidos.

—¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?...

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba a uno en pos de otro. El Muley, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud...

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo —repitió el chico en voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú! —dijo el Coronel sonriendo ferozmente—. ¿Y tú no sabes a quién pertenece este perro? Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es? —volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El Coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere —dijo el niño con voz firme.

El Coronel volvió a mirarle fijamente.

—Está bien —dijo al cabo—. ¡Pues cuidado con que otra vez te lo lleves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro, y dijo volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar el perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El Coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? No llores, hijo mío.

—Porque le quiero mucho... porque es el único que me quiere en el mundo —gimió Andrés.

—¿Pues de quién eres hijo? —preguntó el Coronel sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo? —gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al Coronel demudarse. Abalanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, lo abrazó, lo besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que le hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío?... Cuando quieras...

Dios me perdone; pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba gozoso.

Armando Palacio Valdés.

Armando Palacio Valdés.—Novelista español contemporáneo, autor de "La hermana San Sulpicio", "El cuarto poder", "La alegría del capitán Ribot", "La novela de un novelista", etc.

PLATERO Y YO

P L A T E R O

Platero es pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: "¿Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas, mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tiene acero, acero y plata de luna al mismo tiempo.

E L A L B A

En las lentas madrugadas de invierno, cuando los gallos alertas ven las primeras rosas del alba y las saludan galantes, Platero, harto de dormir, rebuzna largamente. ¡Cuán dulce su lejano despertar en la luz celeste que entra por las rendijas de la alcoba! Yo, deseoso también del día, pienso en el sol desde mi lecho mullido. Y pienso en lo que habría sido del pobre Platero si en vez de caer en mis manos de poeta, hubiese caído en las de uno de esos carboneros que van, todavía de noche, por la dura escarcha de los

caminos solitarios, a robar los pinos de los montes, o en las de uno de esos gitanos astrosos que pintan los burros y les dan arsénico, y les ponen alfileres en las orejas para que no se les caigan.

Platero rebuzna de nuevo. ¿Sabrá que pienso en él? ¿Qué me importa?

En la ternura del amanecer, su recuerdo me es grato como el alma misma. Y, gracias a Dios, él tiene una cuadra tibia y blanda como una cuna, amable como mi pensamiento.

L A M U E R T E

Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fuí a él, lo acaricié hablándole y quise que se levantara...

El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrodillada... No podía... Entonces le extendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura y mandé venir a su médico.

—Nada bueno, ¿eh?

No sé qué me contestó... Que el infeliz se iba... Nada... Que un dolor... Que no sé qué raíz mala... La tierra, entre la hierba...

A mediodía Platero estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas rígidas y descoloridas se elevaban al cielo. Parecía su pelo rizado ese pelo de estopa apolillada de las muñecas viejas, que se cae al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza...

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores...

Juan Ramón Jiménez.

Juan Ramón Jiménez.—Poeta español contemporáneo, autor de "Eternidad", "Laberinto", "Platero y yo", "Diario de un poeta recién casado", etc.

EL RASTREADOR Y EL BAQUEANO

Del centro de estas costumbres y gustos generales se levantan especialidades notables, que un día embellecerán y darán tinte original al drama y al romance nacional. Yo quiero sólo notar aquí algunos que servirán a completar la idea de las costumbres, para trazar en seguida el carácter, causas y efectos de la guerra civil.

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el rastreador. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En las llanuras tan dilatadas, en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen y transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal y distinguir las entre mil, conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o vacío. Esta es una ciencia casera muy popular. Una vez caía yo de un camino de enrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. “Aquí va —dijo luego—, una mulita mora muy buena...; ésta es de la tropa de N. Zapata...; es de muy buena silla... va ensillada..., ha pasado ayer...”. Este hombre venía de la Sierra de San Luis; la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora, cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues, esto que parece increíble, es, con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de árrea, y no un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hasta hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideración: el pobre, porque puede hacer mal, calumniándolo; el pro-

pietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren en busca de una pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador que ve el rastro y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa y, señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: "¡Este es!" El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad: "Ya no valgo nada; ahí están los niños". Los niños, con sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un viaje a Buenos Aires, le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después Calíbar regresó; vió el rastro ya borrado e imperceptible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después, Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra en una casa y encuentra su montura, ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. ¡Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años! El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué el encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle, porque, comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido, le hizo desem-

peñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dèjar huellas; cuerdas enteras había ido pisando con la punta del pie; trepábese en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio y volvía para atrás. Calíbar lo seguía sin perder la pista; si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: “¡Dónde te “mi-as-dir!””. Al fin llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador. ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas y dice: “¡Por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!” Entra en una viña; Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban y dijo: “Adentro está”. La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. “No ha salido”, fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1830, algunos presos políticos intentaban una evasión; todo estaba preparado: los auxiliares de afuera, prevenidos; en el momento de efectuarla, uno dijo: “¡Y Calíbar?” “¡Cierto!” —contestaron los otros, anonadados, aterrados— “¡Calíbar!”. Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es éste del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de esos hombres? ¿Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

Después del rastreador viene el baqueano, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y de las provincias. El baqueano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmos veinte mil leguas cua-

dradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña; la suerte del Ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

El baqueano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baqueano encuentra una sendita que hace cruz en el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en el espacio de cien leguas, él las conoce a todas, sabe de dónde viene y a dónde va. El sabe el vado oculto que tiene un río más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo más oscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla, monta en seguida, y les dice para asegurarlos: "Estamos en dereseras de tal lugar, a tantas leguas de las viviendas; el camino ha de ir al Sur"; y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aún esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la oscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, la masca, y, después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El ge-

neral Rosas, dicen, conoce por el gusto, el pasto de cada estancia del Sur de Buenos Aires.

Si el baqueano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baqueano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y, galopando día y noche, llega al lugar designado.

El baqueano anuncia también la proximidad del enemigo, esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima observa los polvos, y por su espesor, cuenta la fuerza: "Son mil hombres" —dice— "quinientos", "doscientos", y el jefe obra bajo este dato que, casi siempre, es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá si hay gente escondida, o si es un campamento recién abandonado, o un simple animal muerto. El baqueano conoce la distancia que hay de un lugar a otro, los días y las horas necesarios para llegar a él, y a más una senda extraviada e ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre los pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡No!

El general Rivera, de la Banda Oriental, es un simple baqueano, que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileños sin su auxilio, y no la hubieran libertado sin él los argentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general baqueano, y todo el poder de Buenos Aires hoy, con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede des-

aparecer, destruído a pedazos por una sorpresa, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por un accidente inapercibido o insignificante.

El general Rivera principió sus estudios del terreno el año 1804, y haciendo la guerra a las autoridades, entonces como contrabandista, a los contrabandistas después como empleado, al rey en seguida como patriota, a los argentinos como jefe brasileño, a éstos como general argentino, a Lavalleja como presidente, al presidente Oribe, como jefe proscrito, a Rosas, en fin, aliado de Oribe, como general oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco de la ciencia del baqueano.

Domingo F. Sarmiento.

EL HORNERO

La casita del hornero
tiene alcoba y tiene sala;
en la alcoba, la hembra instala
justamente el nido entero.

En la sala, muy orondo,
el padre guarda la puerta
con su camisa entreabierta
sobre su buche redondo.

Lleva siempre un poco viejo
su traje aseado y sencillo,
que, con tanto hacer ladrillo,
se le habrá puesto bermejo.

Elige como un artista
el gajo de un sauce añoso
o en el poste rumoroso
se vuelve telegrafista.

Allá, si el barro está blando,
canta su gozo sincero;
yo quisiera ser hornero
y hacer mi choza cantando.

Así le sale bien todo.
Y así, en su honrado desvelo,
trabaja mirando al cielo
en el agua de su lodo.

Por fuera, la construcción,
como una cabeza crece,
mientras, por dentro, parece
un toseco y buen corazón.

Pues como su casa es centro
de todo amor y destreza,
la saca de su cabeza
y el corazón pone adentro

La trabaja en paja y barro;
lindamente la trabaja,
que en el barro y en la paja
es arquitecto bizarro.

La casita del hornero
tiene sala y tiene alcoba,
y aunque en ella no hay escoba
limpia está con todo esmero.

Concluyó el hornero su horno
y con el último toque
le deja áspero el revoque
contra el frío y el bochorno.

Ya explora al vuelo el circuito,
ya, sobre la tierra lisa,
con tal fuerza y garbo pisa
que parece un martillito.

La choza se orea, en tanto,
esperando a su señora,
que elegante y avizora,
llena su humildad de encanto.

Y cuando acaba, jovial,
de arreglarla a su deseo,
le pone con un gorjeo
su vajilla de cristal.

Leopoldo Lugones.

Leopoldo Lugones.—Eminente escritor argentino (1874-1938) autor de "Las montañas del oro", "Lunario sentimental", "Los crepúsculos del jardín", "El libro fiel", "El libro de los paisajes", "Odas seculares", "Romances solariegos", "La guerra gaucha", "Historia de Sarmiento", "Roca", etc.

EL NEGRO FALUCHO

Duerme el Callao. Ronco son
hace del mar la resaca,
y en la sombra se destaca
del Real Felipe el torreón.
En él está de facción,

porque alejarle quisieron,
un negro de los que fueron
con San Martín, de los grandes
que en las pampas y en los Andes
batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea,
Falucho, erguido y gentil,
echado al hombro el fusil,
lentamente se pasea;
piensa en la patria, en la aldea
donde dejó al hijo amado,
donde, en su hogar desolado,
triste le aguarda la esposa,
y en Buenos Aires, la hermosa,
que es su pasión de soldado.

Llega del fuerte a su oído
rumor de voces no usadas,
de bayonetas y espadas
agudo y áspero ruido;
un “¡viva España!” seguido
de un otro viva a Fernando,
y está Falucho dudando
si dan los gritos que escucha
sus compañeros de lucha,
o si está loco o soñando.

Desde los Andes, el día,
que ciñe en rosas la frente,
abierta el ala luciente
hacia los mares caía,
cuando Falucho, que ansía
dar un viva a su manera,
como protesta altanera,

contra menguadas traiciones,
izó nervioso, a tirones,
la azul y blanca bandera.

“—¡Por mi cuenta te despliego,
dijo airado, y de esta suerte,
si a tus pies está la muerte,
a tu sombra muera luego!”
Nació el sol: besos de fuego
dióla en rayos de carmín,
Rodó el mar desde el confín
un instante estremecido,
y en la torre quedó erguido
el negro de San Martín.

No bien así desplegados
nuestros colores lucían.
Por la escalera subían
en tropel los sublevados.
Ven a Falucho, y airados
hacia él se precipitan:
“—¡Baja ese trapo, le gritan,
y nuestra enseña enarbola!...”
¡Y es la bandera española
la que los criollos agitan!

Dobló Falucho, entretanto,
la oscura faz sin sonrojos,
y ante aquel crimen, sus ojos
se humedecieron en llanto.
Vencido al punto el quebranto,
con fiero arranque exclamó:
“—¡Enarbolar ésa yo
cuando está aquélla en su puesto!...”

Y un juramento era el gesto
conque el negro dijo: —“¡No!”

Con un acento glacial
en que la muerte predican:
“—Presenta el arma, le dicen,
al estandarte real”.—

Rotos por la orden fatal
de la obediencia los lazos,
alzó el fusil en sus brazos,
con un rugido de fiera,
y contra el asta-bandera
lo hizo de un golpe pedazos.

Ante la audacia insolente
de esa acción inesperada,
la infame turba, excitada,
gritó: “—¡Muera el insurgente!”

Y asestados al valiente
cuatro fusiles brillaron:
“—¡Ríndete al Rey!”— le intimaron,
mas como el negro exclamó:
“—¡Viva la patria, y no yo!”—
los cuatro tiros sonaron.

Uno, el más vil, corre y baja
el estandarte sagrado,
que cayó sobre el soldado
como gloriosa mortaja.

Alegres dianas la caja
de los traidores batía,
el Pacífico gemía
melancólico y desierto,
y en la bandera del muerto
nuestro sol resplandecía.

Rafael Obligado.

Rafael Obligado.—Poeta argentino (1851-1920), autor del poema “Santos Vega” y de hermosas leyendas como “La salamanca”, “El cacuy”, “La luz mala”.

EL SUEÑO

Tres cabezas de oro y una
donde ha nevado la luna.

—Otro cuento más, abuela,
que mañana no hay escuela.

—Pues señor, éste era el caso...

(Las tres cabezas hermanas
cayeron como manzanas
maduras en el regazo).

Rafael Alberto Arrieta.

Rafael Alberto Arrieta.—Poeta argentino contemporáneo, autor de “Fugacidad”, “Las noches de oro”, “Estío serrano”, “Las hermanas tutelares”, “El encantamiento de las sombras”, “La ciudad del bosque”, etc.

ROMANCE DE LAS BODAS DE REMEDITOS

En este intervalo había tomado San Martín por esposa a doña María de los Remedios Escalada, bella joven perteneciente a una de las más distinguidas familias del país.

(Mitre: "Historia de San Martín", cap. III).

Remeditos, Remeditos,
 ¡cómo le sienta de bien
 al capullo de la rosa
 la vecindad del laurel!
 La niña cuenta quince años;
 treinta y cuatro cuenta él;
 pero un día se prendaron
 la niña y el coronel.
 Doña Tomasa, la madre,
 no lo quería creer.
 Y el padre... Mucho le plugo
 a don Antonio José.
 Se prendaron y se casan.
 —¡Va a las bodas su merced?
 (Era en el mes de setiembre,
 y en el año 12 fué).

.....
 Ved, mientras tanto, la fiesta
 que es cosa digna de ver.
 De oficiales granaderos
 con una suelta esbeltez,
 allá están los Escalada:
 don Mariano y don Manuel,
 entre damitas vestidas

al nuevo gusto francés.
—¿Y aquélla, tan española?
—La de Alvear seguro que es:
Carmencita Quintanilla;
la boca, como un clavel.
—¿Y el señor dueño de casa?
Allí mismo lo tenéis.
Algo guarda su persona,
algo queda en todo él,
de los tiempos de la Audiencia,
de cuando era canciller.
Tal respeto le granjean
su decencia y su honradez
que por todas las facciones
se le quiere mucho y bien,
por más que anden ya las gentes:
Mátame, te mataré.

—Coronel, tres granaderos
preguntan por su merced.
A nombre del regimiento
dicen que vienen los tres.
Alza el coronel las cejas:
que no lo puede entender.
Esa negra del recado
ya le dice para qué.
—Es que un presente de bodas
le vienen aquí a traer.
El novio y la novia salen
a recibirlos muy bien.

Trayendo el obsequio vienen
y con él su parabién;
regalo como de pobres,
pero que hace enternecer:

unos pañuelos bordados
—consejo muy fino fué—
con la R. de Remedios
y la J. de José.

Allí les dieron las gracias
muy alegres, ella y él.
Después dice Remeditos
que les va a corresponder:
que quiere servirles vino
de los que trajo el inglés
en las bodegas de Popham
por mil ochocientos seis.
Los tres alzaron los vasos
y allá brindaron los tres:
—¡Por la niña coronela!
¡Por el señor coronel!

Nada perdía la Patria
con un brindis como aquél.
Nada siquiera el pimpollo,
nada tampoco el laurel.

Se cuadraron los soldados,
la venia hicieron los tres,
y a los salones tornaron
la niña y el coronel.

*

Y ahora sí que la fiesta
se puso digna de ver.
Ya suena en el pianoforte
la gavota o el minué.
Por las salas, por los patios,
gentes de pomposo tren.
Allá Mariquita Thompson,

allá Ramona Esquivel;
allá, la risa en los labios,
tanta doncella y doncel.
—¿María Sánchez de Thompson,
dijisteis? ¿Cuál de ellas es?
Aquélla a quien la saludan
de madama Sevigné;
esa del alto peinado
que a todos rinde a sus pies.

Mas los viejos preferían
tomar a gusto el rapé,
mientras suena el pianoforte
ya gavota, ya minué.
Allá están en sus butacas,
que no se quieren mover
de aquel salón tan guardado,
en cuya blanca pared
unos cuadros de familia
se ven amarillecer.

Conversaban, conversaban
cosas graves de saber:
de ésas de Montevideo
y de Gaspar Vigodet.
Alvear jura por su espada
que la plaza ha de caer.
Se ufanan de que lo diga
mozo de tanto valer.
Cuando se va dice un viejo:
—Este... será brigadier.
Y como entraban las negras
con ese su modo fiel,
trayendo en anchas bandejas
panales con aguamiel,

allá bebieron los viejos
dejando un punto el rapé.

Fué entrando después la noche;
luces hubo que traer.
Cornucopias de bujías
ya las vienen a encender.
Multiplicaban las luces
los espejos de bisel;
brillaban marcos y lunas,
chispeaba todo cairel;
y a la luz de las arañas
de tan dulce palidez
se volvían más gentiles,
la gavota y el minué.

—¡Remeditos! ¡Remeditos!
¡Que vengas con don José!

Remeditos... Remeditos...
Baile la niña una vez,
mano a mano con el novio,
que todos los quieren ver.
Y allá vienen y ya bailan.
¡Qué decoro y sencillez!
El ¡qué severa elegancia!
Y ella con qué languidez,
ya le abandona la mano,
ya saca muy fino el pie,
ya inclina, llena de gracia,
la cabecita cortés.
Bien le daban parabienes
viéndola danzar tan bien,
que en una corte europea
fuera graciosa entre cien.

Pero a mitad de la danza,
la novia. . . ¡qué palidez!
—Remeditos... Dí qué tienes...
—Me siento desfallecer...
Dejó caer de la mano
su abanico de carey.
Buscó buscando remedio
el hombro de don José.
Como una flor la cabeza
se le doblaba hacia él.
La abrazó contra su pecho,
todo bronce, el Coronel.
—Remeditos...

—Nada ha sido;
ya sola me remedíé.
Y sonreía la niña
entre los brazos de aquél.

Remeditos... Remeditos...
Y le sentaba muy bien
al tierno botón de rosa
la protección del laurel.

Arturo Capdevila.

Arturo Capdevila.—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Mel-pómene", "El libro de la noche", "Jardines solos", "Romances argentinos", "Córdoba del recuerdo", "Las vísperas de Caseros", "Babel y el castellano", etc.

CREPÚSCULO

Junto de la cuna aun no está encendida
la lámpara tibia que alegre y reposa,
y se filtra opaca, por entre cortinas,
de la tarde triste la luz azulosa.

Los niños, cansados, suspenden sus juegos;
de la calle vienen extraños ruidos;
en esos momentos, en todos los cuartos,
se van despertando los duendes dormidos.

La sombra que sube por los cortinajes,
para los hermosos oyentes pueriles,
se puebla y se llena con los personajes
de los tenebrosos cuentos infantiles.

Flota en ella el pobre Rin Rin Renacuajo,
corre y huye el triste Ratoncito Pérez,
y la entenebrece la forma del trágico
Barba Azul, que mata a siete mujeres.

En unas distancias enormes e ignotas,
que por los rincones oscuros suscita,
andan por los prados el Gato con Botas,
y el Lobo que marcha con Caperucita.

Y, ágil caballero, cruzando la selva,
do vibra el ladrido fúnebre de un gozque,
a escape tendido va el Príncipe Rubio
a ver a la Hermosa Durmiente del Bosque.

Del infantil grupo se levanta leve,
argentada y pura una vocecilla
que comienza: "Entonces se fueron al baile
y dejaron sola a Cenicientilla;

se quedó la pobre triste en la cocina,
de llanto, de pena nublados los ojos,
mirando los juegos extraños que hacían
en las sombras negras los carbones rojos.

Pero vino el hada que era su madrina,
le trajo un vestido de encaje y crespones,
le hizo un coche de oro de una calabaza,
convirtió en caballos unos seis ratones,

le dió un ramo enorme de magnolias húmedas,
unos zapatitos de vidrio, brillantes,
y de un solo golpe de la vara mágica
las cenizas grises convirtió en diamantes”.

Con atento oído las niñas escuchan;
las muñecas duermen en la blanca alfombra,
medio abandonadas, y en el aposento
la luz disminuye, se aumenta la sombra...

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas
llenos de paisajes y de sugerencias,
que abris a lo lejos amplias perspectivas
a las infantiles imaginaciones!

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas
que pobláis los sueños confusos del niño,
el tiempo os sepulta por siempre en el alma
y el hombre os evoca con hondo cariño!

José Asunción Silva.

José Asunción Silva.—Poeta colombiano del siglo XIX (1865-1896), famoso autor de los “Nocturnos”.

EL VENDEDOR DE NARANJAS

Muchachuelo de brazos cetrinos
que vas con tu cesta,

rebosando naranjas pulidas
de un caliente color ambarino;

muchachuelo que fuiste a las chacras
y a los árboles amplios trepaste
como yo me trepaba cuando era
una libre chicuela salvaje;

ven acá, muchachuelo: yo ansío
que me vuelques tu cesta en la falda.
Pide el precio más alto que quieras,
¡Ah, qué bueno el olor a naranjas!

A mi pueblo distante y tranquilo,
naranjales tan prietos rodean,
que en agosto semeja de oro
y en diciembre de azahares blanquea.

Me crié respirando ese aroma
y aun parece que corre en mi sangre;
naranjitas pequeñas y verdes,
siendo niña, enhebraba en collares.

Después, lejos llevóme la vida.
Me he tornado tristonada y pausada.
¡Qué nostalgia tan honda me oprime
cuando siento el olor a naranjas!

Si a otro pago muy lejos del tuyo
indiecito, algún día te llevan,
y no eres feliz, y suspiras
por volver a tu vieja querencia;

Y una tarde en un soplo de viento
el sabor a tus montes te asalta,

¡ya sabrás, indiecito asombrado
lo que es la palabra “nostalgia”!

Juana de Ibarbourou.

Juana de Ibarbourou.—Poetisa uruguaya contemporánea, autora de “Raíz salvaje”, “El cántaro fresco”, “Figuras de la Biblia”, etc.

LA VUELTA AL HOGAR

Todo está como era entonces:
la casa, la calle, el río,
los árboles con sus hojas
¡y las ramas con sus nidos!

Todo está, nada ha cambiado,
el horizonte es el mismo;
lo que dicen esas brisas
ya otras veces me lo han dicho.

¡Ondas, aves y murmullos
son mis viejos conocidos,
confidentes del secreto
de mis primeros suspiros!

Bajo aquel sauce que moja
su cabellera en el río,
¡largas horas he pasado
a solas con mis delirios!

¡Las hojas de esas achiras
eran el toscó abanico,
que refrescaba mi frente
y humedecían mis rizos!

Un viejo tronco de ceibo
me daba sombra y abrigo,
¡Un ceibo que desgajaron
los huracanes de estío!

Piadosa una enredadera
de perfumados racimos
lo adornaba con sus flores
de pétalos amarillos.

El ceibo estaba orgulloso
con su brillante atavío,
¡era un collar de topacios
ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
sus penas y sus delirios;
con sus suspiros las hojas,
con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
la última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
en el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
sus más dulcísimos himnos,
¡pobre zorzal que venía
a despedir a un amigo!

Era el cantor de las selvas,
la imagen de mi destino,
¡viajero de los espacios,
siempre amante y fugitivo!

¡Adiós! —parecían decirme
sus melancólicos trinos;
¡adiós, hermano en los sueños!
¡adiós, inocente niño!

Yo estaba triste, muy triste.
El cielo oscuro y sombrío,
los juncos y las achiras
se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años
desde aquel día tristísimo;
¡muchos sauces han tronchado
los huracanes bravíos!

Hoy vuelve el niño hecho hombre,
no ya contento y tranquilo,
con arrugas en la frente
y el cabello emblanquecido.

Aquella alma limpia y pura
como raudal cristalino,
es una tumba que tiene
la lobreguez del abismo.

Aquel corazón tan noble,
tan ardoroso y altivo,
que hallaba el mundo pequeño
a sus gigantes designios;

es hoy un hueco poblado
de sombras que no hacen ruido,
¡sombras de sueños, dispersos
como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces,
los sauces, el cielo, el río,
las olas, hojas de plata
del árbol del infinito.

¡Sólo el niño se ha vuelto hombre
y el hombre tanto ha sufrido,
que apenas trae en el alma
la soledad del vacío!

Olegario V. Andrade.

Olegario V. Andrade.—Poeta argentino del siglo XIX (1841-1882), autor de "El nido de cóndores", "La Atlántida", "Prometeo" y otros grandes poemas.

Parte Tercera

FABULAS

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Se elegirán ocho o diez fábulas para hacer ejercicios de idioma, y se tendrán en cuenta las indicaciones que siguen:

Una fábula puede servir de núcleo para agrupar hechos que las necesidades de la enseñanza nos fuerzan a fragmentar: interpretación de una lectura, ejercicios y entonación, corrección de errores ortológicos, revista de sinónimos y parónimos, escritura de voces de dudosa ortografía, determinación de algunas partes del discurso, observaciones relativas a la concordancia, examen de ciertos giros idiomáticos; en una palabra, cuantas enseñanzas caben dentro del término lato "lenguaje". Una fábula en verso es una minúscula obra de arte, alrededor de la cual se concentran, como queda dicho, mil enseñanzas; es, para usar la expresión en boga, un verdadero centro de interés.

Ha de preferirse la fábula en verso porque fácilmente se graba en la memoria y más que todo por su brevedad: hay en nuestra lengua fábulas hasta con menos de treinta palabras.

No se trata de estudiar una por una todas las palabras contenidas en la fábula, sino de escoger las que mejor se prestan para realizar ejercicios de idioma.

Para la elección de las fábulas conviene tener en cuenta los aspectos de que se habla a continuación:

a) La calidad literaria. — *La búsqueda de la sencillez, cualidad necesaria tratándose de niños, no debe entronizar en la escuela lo pedestre y chabacano.*

Se dirá, y la afirmación es exacta, que el niño no puede apreciar inmediata y directamente el valor de una fábula artística. Pero es indudable que lo propio cabe decir de casi todas las páginas literarias y hasta de los libros escritos especialmente para niños. Aún tratándose del libro más adaptado a la capacidad de los alumnos, ¿no es necesaria siempre una explicación previa a la lectura?

Leer únicamente aquello que está al alcance inmediato del niño es mantenerlo en lamentable estado de atraso. El arte del maestro consiste, precisamente, en colocarse a la altura del niño, no para permanecer allí, sino para ayudarlo a que ascienda hasta el plano en que se coloca el escritor.

b) **La moralidad.** — Ya se sabe que el valor literario de una obra es independiente de su moralidad pero en la escuela primaria no tienen cabida ni los cuentos ni las fábulas inmorales, sea cual fuere su mérito artístico.

En ocasiones, creyendo utilizar un cuento moralizador, damos en realidad una enseñanza que contiene sugerencias malsanas, como ocurre con la fábula "La cigarra y la hormiga". Aunque en ese relato se tuvo el buen propósito de censurar la imprevisión, vino a resultar una apología del duro corazón de la hormiga.

Blasco Ibáñez, aleccionado por las sabias enseñanzas de Fabre, ha censurado así la conocida fábula:

"Es una historia inmoral, que enseña a los hombres desde su infancia el respeto a la avaricia y a la crueldad, el culto del egoísmo, la burla soez contra los idealistas, que piensan en algo más que en la satisfacción de los apetitos materiales. Todo es mentira en este relato inventado hace miles de años. La imprevisora y loca cigarra de la fábula es un ser laborioso y dulce, explotado hasta la muerte. En cuanto a la hormiga, modelo de economía doméstica que los padres ofrecen a los hijos, es una bestia rapaz que desde el mundo de la pequeña animalidad influye fatalmente sobre los hombres." (La cigarra y la hormiga").

c) **La corrección gramatical.** — El requisito de la corrección gramatical se justifica plenamente, ya que se trata de fábulas que han de utilizarse para hacer ejercicios de idioma.

ch) **La extensión.** — Es evidente la conveniencia de elegir fábulas breves. En ningún caso conviene que tengan más de cien palabras.

EL JUMENTO MURMURADOR

—Señor, es fuerza que la sangre corra;—
dijo al león, solícita, la zorra—
sin cesar el estúpido jumento
de ti murmura con furor violento.

—¡Bah! —respondió la generosa fiera—
dégale que rebuzne cuanto quiera.

*Pecho se necesita bien mezquino
para sentir injurias de pollino.*

Juan E. Hartzenbusch.

Juan Eugenio Hartzenbusch.—Escritor español del siglo XIX (1806-1880), autor de fábulas y de obras dramáticas famosas como “Los amantes de Teruel”.

EL LABRADOR, SU HIJO Y EL ASNO

Yo no sé cómo ha de ser,
que me sucede, señor,
como al otro labrador
que llevó el asno a vender.
Que él y un hijo que tenía
iban a pie tras la bestia
y la gente con molestia
ver libre al asno, sufría.
Subió el viejo, y no faltó
quién dijo: —El mozo lleváis
a pie, y caballero vais;
luego el viejo se bajó.
Y subió el mozo, mas luego
hubo quien dijo: —El anciano
va a pie, y el mozo villano
va caballero, ¡oh, mal juego!
El viejo entonces subió
con el mozo, y un lugar
entero empezó a gritar:
¿Dos en un asno? Eso no.

Viendo tal desasosiego,
 los pies le ató, y en un pino
 llevaba al hombro el pollino
 de él y del hijo; mas luego
 se burlaron de los dos,
 diciendo: —¿De esa manera,
 lleváis, necios, quién pudiera
 mejor llevaros a vos?
 El viejo entonces, tomando
 el asno, lo despeñó
 a un río, y sospecho yo
 que en estas vísperas ando,
 que viendo el ingenio mío,
 que no puede contentar
 a todos, habrá de dar
 con todo el asno en el río

Lope de Vega.

Lope de Vega.—Insigne poeta español (1562-1635), llamado el Fénix de los Ingenios. Lo abarcó todo: la novela, el cuento, la epopeya, la égloga, los poemas festivos, las elegías. Pero su mérito principal es el de haber sido el creador del teatro español. Sus principales obras son: "La Dorotea", "Los pastores de Belén", "La Arcadia", "El Isidro", "Rimas sacras", "Fuente Ovejuna", "Peribañez y el Comendador de Ocaña", "La estrella de Sevilla", etc.

EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA

Un labrador miraba
 con duelo su sembrado,
 porque gansos y grullas
 de su trigo solían hacer pasto.
 Armó, sin más tardanza,
 diestramente sus lazos,

y cayeron en ellos
 la cigüeña, las grullas y los gansos.
 “Señor rústico —dijo
 la cigüeña temblando—
 quíteme las prisiones,
 pues no merezco pena de culpado:
 la diosa Ceres sabe
 que, lejos de hacer daño,
 limpio de sabandijas,
 de culebras y víboras los campos”.
 “Nada me satisface,
 —respondió el hombre airado—.
 ¡Te hallé con delincuentes:
 con ellos morirás entre mis manos!”

*La inocente cigüeña
 tuvo el fin desgraciado
 que pueden prometerse
 los buenos que se juntan con los malos.*

Félix M. de Samaniego.

Félix M. de Samaniego.—Notable fabulista (1745-1801), autor de famosas “Fábulas morales”.

LA COMPRA DEL ASNO

Ayer por mi calle
 pasaba un borrico,
 el más adornado
 que en mi vida he visto.
 Albarda y cabestro
 eran nuevecitos,
 con flecos de seda
 rojos y amarillos.

Borlas y penacho
 llevaba el Pollino,
 lazos, cascabeles
 y otros atavíos;
 y hechos a tijera,
 con arte prolijo,
 en pescuezo y anca
 dibujos muy lindos.

Parece que el dueño,
 que es, según me han dicho,
 un chalán, gitano
 de los más ladinos,
 vendió aquella alhaja
 a un hombre sencillo;
 y añaden que al pobre
 le costó un sentido.
 Volviendo a su casa,
 mostró a sus vecinos
 la famosa compra,
 y uno de ellos dijo:
 —“Veamos, compadre,
 si este animalito
 tiene tan buen cuerpo
 como buen vestido”.
 Empezó a quitarle
 todos los aliños;
 y bajo la albarda,
 al primer registro,
 le hallaron el lomo

asaz malferido,
 con tres mataduras
 y tres lobanillos,
 amén de dos grietas
 y un tumor antiguo
 que bajo la cincha
 estaba escondido.

—“¡Burro—dijo el hombre—
 más que el Burro mismo
 soy yo, que me pago
 de adornos postizos!”

A fe que este lance
 no echaré en olvido;
 pues viene de molde
 a un amigo mío,
 el cual a buen precio
 ha comprado un libro
 bien encuadernado
 que no vale un pito.

Tomás de Iriarte.

Tomás de Iriarte.—Poeta español del siglo XVIII (1750-1791), autor de “Fábulas literarias”, “El señorito mimado”, “La señorita mal educada”, etc.

LA ZORRA Y EL BUSTO

Dijo la zorra al busto
 después de olerlo:
 tu cabeza es hermosa
 pero sin seso.

*Como éste hay muchos,
que aunque parecen hombres,
sólo son bustos.*

Félix M. de Samaniego.

LA ABEJA Y EL CUCLILLO

Saliendo del colmenar, “Y pues que del propio modo
dijo al Cuclillo la Abeja: fabricas uno que ciento.
“Calla, porque no me deja si yo nada nuevo invento,
tu ingrata voz trabajar. en tí es viejísimo todo”.

“No hay ave tan fastidiosa A esto la Abeja replica:
en el cantar como tú: “En obra de utilidad,
Cucú, cucú, y más cucú, la falta de variedad
y siempre una misma cosa”. no es lo que más perjudica;

“¿Te cansa mi canto igual? “*Pero en obra destinada
(el Cuclillo respondió): sólo al gusto y diversión,
pues a fe que no hallo yo si no es varia la invención
variedad en tu panal. todo lo demás es nada”.*

La variedad es requisito indispensable en las obras de gusto.

Tomás de Iriarte.

LA TORTUGA Y EL ÁGUILA

Una tortuga a un águila rogaba
la enseñase a volar; así le hablaba:
—Con sólo que me des cuatro lecciones,
ligera volaré por las regiones,

ya remontando el vuelo
por medio de los aires hasta el cielo;
veré cercano el sol y las estrellas,
y otras cien cosas bellas:
ya rápida bajando,
de ciudad en ciudad iré pasando;
y de este fácil delicioso modo
lograré en pocos días verlo todo.
La águila se rió del desatino,
la aconseja que siga su destino,
cazando torpemente con paciencia,
pues lo dispuso así la Providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente:
la reina de las aves prontamente
la arrebató, la lleva por las nubes;
y al preguntarla, dijo: ¿Vas contenta?
se la deja caer y se revienta.

Para que así escarmiente

Quien desprecia el consejo del prudente.

Félix M. de Samaniego.

EL BUEY Y LA CIGARRA

Arando estaba el Buey; y a poco trecho,
la Cigarra, cantando, le decía:
“¡Ay, ay, qué surco tan torcido has hecho!”
Pero él la respondió: “Señora mía,
si no estuviera lo demás derecho,
usted no conociera lo torcido.
Calle, pues, la haragana reparona;
que a mi amo sirvo bien, y él me perdona
entre tantos aciertos un descuido”.

¡Miren quién hizo a quién cargo tan fútil!
Una cigarra al animal más útil.
*Mas, ¿si me habrá entendido
el que a tachar se atreve
en obras grandes un defecto leve?*

*Muy necio y envidioso es quien afea en una obra grande un
pequeño descuido.*

Tomás de Iriarte.

LA SERPIENTE Y LA LIMA

En casa de un cerrajero
entró la serpiente un día,
y la insensata mordía
en una lima de acero.
Dijole la lima: —El mal,
necia, será para ti.
¿Cómo has de hacer mella en mí,
que hago polvos el metal?
*Quién pretende sin razón
al más fuerte derribar,
no consigue sino dar
coces contra el agujón.*

Félix M. de Samaniego.

Parte Cuarta

LECTURAS NECESARIAS PARA EL DESARROLLO DE LOS RUDIMENTOS DE GRAMATICA

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Conviene que el alumno observe el uso del punto en pasajes de prosa sencillamente articulada, como son los siguientes de Azorín:

“Sigamos caminando. Ya estamos en otro jardín de Castilla. Es el jardín de un antiguo y bello palacio. Fué bello el palacio hace tres siglos. Huyeron de él sus naturales y magníficos moradores. Desde entonces han pasado por él muchas gentes”. (Páginas escogidas, Los pueblos).

“Finó la contumacia. Pero el monasterio en que habían profesado estaba bajo la advocación de San Pedro. San Pedro quiso salvar al pecador. No pudo su solicitud lograr del Señor el milagro. Entonces se dirigió a María”. (Don Juan).

“Continuemos en nuestra marcha. Volvamos a cerrar los ojos. Ya estamos en otro diminuto y castizo jardín. Caminamos lentamente por los claustros de una colegiata o de una catedral”. (Páginas escogidas, Los pueblos).

LA PUNTUACION

MIRTO EN VALENCIA

Hemos llegado ya a la cumbre. Se hace aquí una espaciosa plazoleta rodeada también de cipreses. Frente a la ermita se ve en forma de semicírculo un poyo de mampos-

tería. Como si fuera desde un balcón o desde la ventana de una torre, nos asomamos al paisaje. Arriba azul purísimo y abajo el verde intenso de los naranjales. Si estuviéramos a par de los naranjos, entre los naranjos, bajo los naranjos, veríamos sus hojas charoladas, brillantes por una de sus caras, y aspiraríamos con delicia, en esta época del año, el olor denso del azahar. Ese olor diríase que llega hasta la cumbre. Y ese olor se mezcla a nuestra sensación de mirto. ¿Y qué sensación es ésta? Vicente, ¿tú qué dices? ¿Es que no crees tú que el mirto es símbolo de nuestra tierra? El culto al mirto lo tiene Valencia. No lejos de aquí, a unos kilómetros, se encuentran, en paraje solitario, de una grandeza austera, las ruinas del Monasterio de la Murta. El mirto da su nombre a una maravillosa música popular. Con el mirto alfombran las calles por do ha de pasar la procesión.

Azorín.

Azorín.—Pseudónimo de José Martínez Ruiz, escritor español contemporáneo, autor de "La voluntad", "Los pueblos", "Los dos Luises", "Al margen de los clásicos", "Clásicos y modernos", "Las confesiones de un pequeño filósofo", etc.

ALONSO QUIJANO

Al otro día reanudaron el viaje. Juntos fueron hasta cosa de media legua de la venta. Quedaba establecida entre los dos corazones una viva corriente de simpatía. Se abrazaron y cada cual siguió su diferente camino. Ya Don Quijote iba vencido; sus días estaban contados. Ni uno ni otro caballero habían de verse más. Nunca Alonso Quijano había de repasar este camino.

Azorín.

LEVANTE

Nuestro viajero deja Castilla y entra en Levante. Levante se abre ante la vista del viandante con sus colinas suaves, sus llanos de viñedos y sus pinares olorosos. En los pueblecillos, los huertos se destacan en los alrededores con sus laureles, sus adelfas y su granados. El aire es tibio y transparente; en la lejanía espejea el mar de intenso azul.

Azorín.

DIALOGO. — USO DE LA RAYA, DE LOS PUNTOS SUSPENSIVOS Y DE LOS SIGNOS DE INTERROGACION

Los pasajes siguientes se prestan para dar prácticamente idea de diálogo, y para hablar del uso de la raya, de los puntos suspensivos y de los signos de interrogación:

RIVERITA

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, hijo mío.

Miguel se acercó para darle un beso. El brigadier le retuvo entre sus rodillas acariciándole los cabellos.

—¿Cómo lo has pasado en casa de tu tío?

—Bien.

—¿Te has divertido mucho?

—Bastante.

—¿Supongo que no habréis hecho ninguna travesura que enojase a la tía Martina?

—No, papá —respondió el chico sin vacilar. Y le contó todo lo que había hecho aquella tarde, omitiendo lo que bien le pareció.

—Bien, así me gusta. Ahora tendrás ya deseos de irte a la cama, ¿verdad?... Vaya! pues, a la cama, hijo mío, a la cama... No quiero retenerte más... A la cama, a la cama...

Sin embargo, seguía reteniéndole entre las rodillas. Al fin, Miguel, forzándolas un poco, logró salir de ellas y se dirigió a la puerta. Cuando ya estaba cerca, volvió a llamarle su padre.

—Oye, Miguel... ¿No te ha hablado tu tío Bernardo?... —preguntóle con voz algo alterada.

Miguel se detuvo y no contestó.

—¿No te ha hablado de cierto asunto?

—Sí —murmuró el chico también cortado.

—¿Y qué te ha dicho?... Cuenta...

Miguel comenzó a colocarse los dedos de la mano izquierda unos sobre otros, y no dijo palabra.

—¿No te ha dicho que ibas a tener pronto una mamá? —articuló el brigadier cada vez más turbado.

—Sí —murmuró sordamente el niño.

—¿Y qué te parece a ti eso, Miguel?...

Silencio sepulcral por parte de éste.

—Vamos, ven aquí, tonto, ven aquí —le dijo con voz cariñosa. Y metiéndole de nuevo entre sus rodillas, comenzó a besarle con afán.

Armando Palacio Valdés.

LAS HOJAS SECAS

Yo me hallaba en uno de estos últimos momentos cuando solo y en medio de la escueta llanura oí hablar cerca de mí.

Eran dos hojas secas las que hablaban, y éste, poco más o menos, era su extraño diálogo.

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube de polvo y de las hojas secas nuestras compañeras, a lo largo de la interminable llanura. ¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río, hasta que el vendaval me arrancó de entre el légamo y los juncos de la orilla.

—Y ¿adónde vas?

—No lo sé ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—¡Ah! ¿quién diría que habíamos de acabar amarillas y secas arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivíamos vestidas de color y de luz meciéndonos en el aire?

—¿Te acuerdas de los hermosos días en que brotamos; de aquella apacible mañana en que, roto el hinchado botón que nos servía de cuna, nos desplegamos al templado beso del sol, como un abanico de esmeraldas?

—¡Oh! ¡qué dulce era sentirse balanceada por la brisa a aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!

¡Oh! ¡qué hermoso era ver correr el agua del río que lamía las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquella agua limpia y transparente que copiaba como un espejo el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!

—¡Con qué placer nos asomábamos por cima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa corriente!

—¡Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa a nuestro alrededor.

—Y las mariposas blancas y las libélulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados bordes a contarse los secretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

—Cada cual de nosotras era una nota en el concierto de los bosques.

—Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpian en los hilos de oro, que cuelgan de las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla para oír embebidas las quejas del ruiseñor, que había escogido nuestro tronco por escabel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos que, aunque llenas de gozo al oírle, nos amanecía llorando.

—¡Oh! ¡qué dulces eran aquellas lágrimas que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris a la primera luz de la aurora!

—Después vino la alegre banda de jilgueros a llenar de vida y de ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabía de sus cantos.

Gustavo A. Bécquer.

Gustavo Adolfo Bécquer.—Poeta español del siglo XIX (1836-1870), autor de las célebres "Rimas" y de "Cartas desde mi celda", "Leyendas".

CORRECCION DE LAS FORMAS VULGARES

Convendría leer el siguiente pasaje de "Fausto", de Estanislao del Campo, y hacer que los niños reemplacen las formas vulgares por las correctas correspondientes: aura, vide, juerza, dentrada, güelta, pior, cuñao, arrempujón, trasijao, refalao, dao.

FAUSTO

—Como a eso de la oración,
aura cuatro o cinco noches,
vide una fila de coches
contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor,
como hacienda amontonada,
pujaba desesperada
por llegar al mostrador.

Allí a juerza de sudar,
y a punta de hombro y de codo,
hice, amigaso, de modo
que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada
y dí güelta... ¡Cristo mío!
estaba pior el gentío
que una mar alborotada.

Era a causa de una vieja
que le había dao el mal...
—Y si es chico ese corral
¿a qué encierran tanta oveja?

—Ahí verá: por fin, cuñao
a juerza de arrempujón,
salí como mancarrón
que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron
lo propio que picadillo,
y el fleco del calzoncillo
hilo a hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñao,
de toda esta desventura,
el puñal, de la cintura,
me lo habían refalao.

Estanislao del Campo.

Estanislao del Campo.—Poeta argentino del siglo XIX (1834-1884), autor de "Fausto" y de "Gobierno gaucho".

PALABRAS ESDRUJULAS

Hágaseles comprobar en la siguiente fábula de Iriarte que toda voz esdrújula lleva acento ortográfico:

EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO

Ello es que hay animales muy científicos
en curarse con varios específicos,
y en conservar su construcción orgánica,
como hábiles que son en la botánica;
pues conocen las hierbas diuréticas,
catárticas, narcóticas, eméticas,
febrífugas, estípticas, prolíficas.
Cefálicas también y sudoríficas.
En esto era gran práctico y teórico
un Gato, pedantísimo retórico,
que hablaba en un estilo tan enfático
como el más estirado catedrático.
Yendo a caza de plantas salutíferas,
dijo a un Lagarto: “¡Qué ansias tan mortíferas!
quiero, por mis turgencias semihidrópicas,
chupar el zumo de hojas *heliotrópicas*”.
Atónito el Lagarto con lo exótico
de todo aquel preámbulo estrambótico,
no entendió más la frase macarrónica
que si le hablasen lengua babilónica.
Pero notó que el charlatán ridículo,
de hojas de girasol llenó el ventrículo,
y le dijo: “Ya, en fin, señor hidrópico,
he entendido lo que es zumo *heliotrópico*”.

¡Y no es bueno que un Grillo, oyendo el diálogo, aunque se fué en ayunas del catálogo de términos tan raros y magníficos, hizo del Gato elogios honoríficos!

Sí; que hay quien tiene la hinchazón por mérito, y el hablar liso y llano, por demérito.

Mas ya que esos amantes de hiperbólicas cláusulas y metáforas diabólicas, de retumbantes voces el depósito apuran, aunque salga un despropósito, caiga sobre su estilo problemático Este apólogo esdrújulo-enigmático.

Tomás de Iriarte.

Parte Quinta

LECTURAS NECESARIAS PARA EL DESARROLLO DE LOS TEMAS DE CONVERSACION

LA CARTA

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

En los grados del período superior es oportuno dar algún dato curioso acerca de la historia de la carta: antigüedad del género epistolar, las cartas en la Roma del siglo I de nuestra era, el estilo epistolar en el siglo XVIII, carácter breve de las cartas modernas, etc.

La literatura epistolar es antiquísima. La carta más antigua que conocemos se escribió hace más de cuatro mil años.

Los romanos ilustrados del siglo I de nuestra era sentían la necesidad de escribir cartas. Son famosas las de Cicerón y las de César que, como es sabido, son cartas de gran valor literario.

En el siglo XVIII las personas instruidas escribían cartas extensas, no sólo para expresar sus sentimientos, sino también para comunicarse noticias privadas y públicas, que en aquella época se transmitían con gran lentitud.

En la época actual las cartas son más breves y no lucen por lo regular los primores de estilo que tenían en el siglo XVIII. Los rápidos medios de comunicación modernos (aviones, ferrocarriles, telégrafo, teléfono, radio, etc.) y la existencia de diarios y revistas, difunden aceleradamente las novedades que antes se contaban por carta. Además, la agitada vida del hombre actual es poco propicia a la escritura de cartas extensas, meditadas y de redacción pacientemente limada.

HISTORIA DE LA CARTA

En los tiempos primitivos se escribían cartas en tablillas de madera, marfil, plomo o estaño.

En Grecia y Roma se usaban unas tablillas de cera llamadas *tabulae*. Al esclavo encargado de llevarlas a su destino se le daba el nombre de *tabella*.

Se escribía de un lado solo de la tablilla, después se arrollaba de manera que la escritura quedara del lado interior. El borde se doblaba en una forma especial para que la cara escrita quedara en hueco, de manera que no pudiera borrarse.

Se ataba después la tablilla con una cinta a la que se le hacía un nudo. Sobre ese nudo se estampaba el sello.

Cuando se enviaba al esclavo con una sola carta no se ponía dirección, pero cuando eran varias las misivas cada una llevaba grabado el domicilio del destinatario.

La carta más antigua de que se hace referencia en la literatura es la que envió Pretas al rey de Licia por intermedio de Belerofonte, según se refiere en uno de los cantos de la *Ilíada*. Se habla allí de “una tablilla plegada, escrita de un solo lado”.

Se conservan cartas atribuidas a Heráclito, Pitágoras, Platón, Sócrates, Aristóteles, pero existen muchas dudas sobre su autenticidad.

En Roma escribieron famosas cartas Julio César y Cicerón. Cartas políticas fueron las del primero y familiares las del segundo.

Las cartas de Cicerón se caracterizan por la naturalidad de su estilo y por su profundo conocimiento de la psicología humana.

Antiguamente se escribía a todo lo ancho de la página. Julio César fué el primero —según lo refiere Sueto-

nio— que dió a las cartas oficiales la forma de pliego, doblando la hoja de papel para no escribir renglones tan largos.

En tiempos de Cicerón se usaba la *charta* o *papiro*, que si bien era conocido en los tiempos de Alejandro Magno, sólo en la época de Cicerón empieza a estar en boga en Europa.

El papiro es una planta indígena de Oriente. De su tallo se saca una lámina u hoja sobre la cual se escribía.

Las cartas que debían ir a países lejanos se escribían en papiro y las que debían ser enviadas a lugares de la misma ciudad se escribían en tablillas de cera.

Los esclavos que tenían a su cargo la correspondencia de sus amos recibían, en Roma, el nombre de *epistolis a manu* o *amanuenses*. A veces, aunque no era frecuente, se iniciaba la carta con el nombre del lugar y la fecha. El emperador Augusto acostumbraba poner también la hora en que escribía sus cartas.

En la Edad Media se usó el pergamino para las cartas, es decir la piel curtida y sometida a un procedimiento especial de pulimento.

Entre los escritores cristianos autores de cartas se destacan San Agustín, San Jerónimo, Inocencio, Bonifacio, León I, Gregorio I, y en tiempos de Carlomagno. Alcuino.

En el siglo XIV el pergamino fué substituído por el papel.

Para el sello que aseguraba la inviolabilidad de las cartas se utilizaba cera de abejas o arcilla plástica. Sobre esa masa se estampaba el sello de un anillo, con las iniciales o el escudo del que la enviaba.

En el siglo XV se importó el lacre de China y fué substituyendo al sello de cera y de arcilla. El sello de lacre más antiguo se conserva en un documento recibido por el margrave de Daun, el 3 de Agosto de 1554.

En 1624 aparecieron las obleas que eran hojas delga-

das hechas de harina y agua, teñidas con diversos colores y cocidas en moldes especiales, cuyos trocitos —de forma cuadrada o circular— servían para pegar las cubiertas de las cartas.

Los sobres fueron inventados en 1820 por un inglés llamado Bewer.

Durante el siglo XVIII el género epistolar llegó a su esplendor y las cartas llegaron a ser verdaderas creaciones literarias.

Hoy la carta, a pesar de ser más breve, más precisa, a pesar de haber sido substituída en parte por el teléfono y el telégrafo, es siempre verdadera necesidad en todos los órdenes de la vida espiritual, política, comercial, etc.

CARTA A ATICO

No quisiera de ninguna manera, amigo mío, que me acusaras de negligencia en escribirte. El exceso de trabajo es lo que origina mi demora. La casa de Rabiros, en Nápoles, que tenías tanto interés en adquirir y por la cual habías hecho en tu imaginación tantos planes, acaba de ser comprada por Fontio en ciento treinta mil sextercios. He querido advertírtelo por si acaso ello importara a tus proyectos.

Mi hermano Quinto está, con respecto a Pomponia, en las disposiciones que nosotros deseamos. Actualmente se halla con ella en sus dominios de Arpinum, y con ellos está también Turrano, un selecto espíritu.

El veintitrés de noviembre hemos tenido la desgracia de perder a nuestro primo.

He aquí, poco más o menos, todo lo que puedo co-

municarte. Te ruego, si te es posible, busques algunos objetos de arte adecuados para adornar un gimnasio. Si encuentras algunos que sirvan para tal objeto, no los dejes escapar. Amo mi villa de Tusculum y, ño me sentiré contento sino cuando haya llegado a ella.

Infórmame minuciosamente de tus ocupaciones y de tus proyectos.

Marco Tulio Cicerón.

Marco Tulio Cicerón.—Nació en Arpino, ciudad de Nápoles, el año 648 de Roma, 106 antes de J. C. Estudió, mereciendo la admiración de maestros y condiscípulos, todos los ramos del saber humano.

Comenzó escribiendo composiciones poéticas y a los veinticinco años se presentó por primera vez en público pronunciando un discurso de defensa.

Alcanzó en el foro gran fama y reputación y le fueron otorgados empleos y honores, y llegó a ocupar, como tribuno, el primer puesto de la República. Los vaivenes de la política lo desterraron más tarde de su patria y murió en el patíbulo.

Escribió obras de retórica, de filosofía, cartas y arengas. Las más importantes son: "Las Catilinares", "Diálogo sobre la amistad", "Diálogos sobre la vejez", "Discurso sobre los suplicios", "Discurso a Ligario", "Discurso a Marcelo", etc.

CARTA A ATICO

En casa de tu madre todo va bien y nosotros cuidamos cariñosamente de ella.

Estoy obligado a pagar a L. Cincio veinte mil cuatrocientos sextercios el trece de febrero. Por tu parte quisiera que tuvieras el cuidado de hacerme llegar eso que tú has comprado para mí.

Piensa también, te lo suplico, como me lo has prometido, en los medios de formar una biblioteca.

Todo eso haría mi felicidad el día en que pueda refugiarme en mi villa y huir de mis preocupaciones.

Marco Tulio Cicerón.

CARTA DE LORD CHESTERFIELD A SU HIJO

Bath, 28 de junio de 1742. Mi querido hijo: Tus promesas me causan gran placer, mas el cumplimiento de ellas, con que cuento, me lo procurarán aún mayor. Estoy seguro de que conoces que el faltar a tu palabra es una locura, una deshonra y un crimen; locura, porque nadie te creerá en lo sucesivo; deshonra y crimen porque la verdad es el primer deber de la religión y la moral, y no pudiendo suponerse que el que lo quebranta posee ninguna otra buena cualidad, llegará indispensablemente a ser aborrecido de Dios y de los hombres. En tal virtud espero de tu veracidad y honor que además de tu promesa, harás lo que tu propio interés y ambición deben aconsejarte, que es sobresalir en cuanto emprendas. Cuando yo tenía tu edad me habría avergonzado de que alguno de mis condiscípulos supiese su lección o jugase a cualquier cosa mejor que yo, y no habría descansado un momento hasta no aventajarle. Julio César, que tenía una doble sed de gloria, acostumbraba decir que prefería más ser el primero en una aldea, que el segundo en Roma; y aun lloraba delante de la estatua de Alejandro el Grande, al reflexionar que éste, a la edad de treinta años, se había cubierto más de gloria que la que él había adquirido siendo de mayor edad. Estos son los sentimientos que elevan a un hombre, y el que carece de ellos vegetará en la oscuridad y el desprecio, al paso que el que tratare de sobresalir en todo, estará a lo menos seguro de lograrlo en muchas cosas. El único medio de que te distingas con honor es atender constantemente a lo que aprendas, y así no tendrás necesidad de trabajar la mitad del tiempo que de otro modo sería necesario empleases. Una aplicación dilatada, difícil e infructuosa, sólo es propia de los espíritus limitados, a la vez que las almas despejadas atien-

den regularmente y aperciben al instante cualquier cosa. Una de las dos: o quieres atender a tu lección y dejar así que te tomen la delantera otros jóvenes aun menores que tú, sufrir que se burlen de ti, como de un zote, y no tener tiempo para divertirse, porque te aseguro que si no adelantas, tampoco permitiré que juegues. ¿Cuál es, pues, el medio para alcanzar esa perfección que me has prometido? Primero, es cumplir con tu deber para con Dios y los hombres, porque sin eso todo lo demás no vale nada; segundo, adquirir grandes conocimientos, sin los cuales serías hombre despreciable aun cuando fueses honrado; y finalmente, observar las reglas de la urbanidad y buena crianza, porque sin esto serías incómodo y desagradable en la sociedad, aun cuando fueses instruído y honrado.

Ten presente estas tres cosas y resuélvete a sobresalir en ellas, puesto que son de las más útiles y necesarias para este mundo y para el otro. A medida de los progresos que en ella hicieres, ganarás el afecto de quien es tuyo.

Lord Chesterfield.

Lord Chesterfield.—Considerado como uno de los escritores menores del siglo XVIII, inglés, es célebre por sus "Letters to his son" (Cartas a su hijo).

CARTA DE MADAME SEVIGNE A SU HIJA

En Las Rocas, 1671: Ya sabéis que soy siempre algo tenaz en mis lecturas; ¡las personas a quienes hablo tienen tanto interés que lea buenos libros!; el que leo es la *Moral* de Nicole, donde hay un tratado sobre el arte de vivir en paz con los hombres, que me encanta; no he visto nada más útil, ni tan bello de ingenio y de luz. Si no lo habéis leído, leedle: si le habéis leído, volvedle a leer con nueva aten-

ción; creo que todos nos encontramos en él; por mi parte, estoy persuadida de que ha sido compuesto para mí; también espero sacar de él algún provecho y lo procuraré con todo empeño. Ya sabéis que no puedo aguantar que los viejos digan: soy demasiado viejo para corregirme; más bien perdonaría a los jóvenes que dijese: soy demasiado joven. La juventud es tan amable que habría que adorarla, si el alma y el ingenio, fuesen tan perfectos en ella como el cuerpo; pero cuando uno ya no es joven, entonces es cuando hay que perfeccionarse y hacer lo posible por ganar en las cualidades buenas lo que se pierde en las agradables. Mucho tiempo ha que he hecho estas reflexiones y por esta razón quiero trabajar todos los días en mejorar mi ingenio, mi alma, mi corazón y mis sentimientos. De esto tengo hoy llena la cabeza, y de esto lleno mi carta, no teniendo otros muchos asuntos de que hablaros.

Os creo en Lambese, pero no os veo bien desde aquí: hay sombras en mi imaginación que os ocultan a mi vista. Ya me representaba por completo el palacio de Grignan, veía vuestra estancia, me paseaba por vuestra azotea, oía misa en vuestra hermosa iglesia, pero ahora he perdido la brújula: aguardo con impaciencia nuevas de ese sitio y de cómo es el obispo. En mi último paquete había una carta que me daba mucha esperanza. Aunque habéis dejado pasar dos ordinarios sin escribirme, espero un poco tener el viernes carta vuestra, y si no la tengo, habéis sido tan previsora que no estaré con cuidado; hay cuidados, como por ejemplo ése, que demuestran tanta bondad, tanto cariño y ternura, que en verdad encantan. *Amen*, queridísima mía y muy amable; no quiero escribiros más hoy aunque me sobra el tiempo: no tengo más que fruslerías que contaros y sería abusar de una teniente generala que tiene mucho que hacer y eso es bueno cuando estáis en vuestro palacio de Apollidon. Nuestro abad, nuestro La Mousse son siempre todos

vuestros, y en cuanto a mí, hija mía, no necesito deciros lo que soy para vos y lo que sois para mí.

Madame de Sevigné.

Mme. de Sevigné.—María de Rabutin-Chantal, nació en 1626. Casó con el Marqués de Sevigné, que murió en duelo en 1652. Perteneció, junto con Mme. de Maintenon al célebre Hotel de Rambouillet. Murió en Provenza, en 1694. Mme. de Sevigné es célebre por sus cartas, que denotan su buen gusto, su espíritu exquisito, su excelente instrucción, que le permitieron darnos, si no una visión original y profunda de su época, una insuperable crónica de la Corte, del teatro, de la literatura, de la guerra, de la ciudad, de la moda y de las confidencias personales. Fué asimismo Mme. de Sevigné una mujer intelectualmente superior y de una gran bondad de corazón.

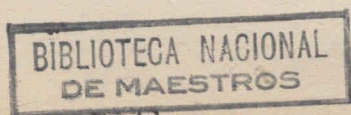
CARTA DE JOSÉ MARTÍ A SU MADRE

Madre mía: Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y, ¿por qué nació de usted con vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abraza a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de usted con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza.

José Martí.

José Martí.—Poeta cubano del siglo XIX (1853-1895). Fué apóstol de la libertad de su patria. Entre sus obras se destacan: "Versos cubanos", "Versos sencillos", "Versos libres", "Ismaelillo", "Madre América", "Flor y lava".



INDICE

PARTE PRIMERA

Iniciación literaria

Pág.

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	10
Oración a la bandera, <i>Joaquín V. González</i>	13
Discurso de la bandera, <i>Domingo F. Sarmiento</i>	13
Las cuentas del Gran Capitán, <i>Bartolomé Mitre</i>	14

PARTE SEGUNDA

Lecturas obligatorias

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	16
"Juvenilia" de <i>Miguel Cané</i>	17

IDEA DE LA OBRA:

En el colegio, <i>Miguel Cané</i>	21
Las vacaciones, <i>Miguel Cané</i>	24
Noticia biobibliográfica de Miguel Cané	28
Falucho y El sorteo de Matucana, <i>Bartolomé Mitre</i>	29
Polifemo, <i>Armando Palacio Valdés</i>	39
Platero y yo, <i>Juan Ramón Jiménez</i>	46
El rastreador y el baqueano, <i>Domingo F. Sarmiento</i>	48
El hornero, <i>Leopoldo Lugones</i>	53
El negro Falucho, <i>Rafael Obligado</i>	55
El sueño, <i>Rafael Alberto Arrieta</i>	59
Romance de las bodas de Reditos, <i>Arturo Capdevila</i>	60
Crepúsculo, <i>José Asunción Silva</i>	65
El vendedor de naranjas, <i>Juana de Ibabourou</i>	67
La vuelta al hogar, <i>Olegario V. Andrade</i>	69

PARTE TERCERA

Fábulas

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	73
El jumento murmurador, <i>Juan E. Hartzenbusch</i>	74

El labrador, su hijo y el asno, <i>Lope de Vega</i>	75
El labrador y la cigüeña, <i>Félix M. de Samaniego</i>	76
La compra del asno, <i>Tomás de Iriarte</i>	77
La zorra y el busto, <i>Félix M. de Samaniego</i>	78
La abeja y el cuclillo, <i>Tomás de Iriarte</i>	79
La tortuga y el águila, <i>Félix M. de Samaniego</i>	79
El buey y la cigarra, <i>Tomás de Iriarte</i>	80
La serpiente y la luna, <i>Félix M. de Samaniego</i>	81

PARTE CUARTA

Lecturas necesarias para el desarrollo de los rudimentos de gramática

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	82
--	----

LA PUNTUACIÓN:

Mirto en Valencia, <i>Azorín</i>	82
Alonso Quijano, <i>Azorín</i>	83
Levante, <i>Azorín</i>	84

DIÁLOGO, USO DE LA RAYA, DE LOS PUNTOS SUSPENSIVOS Y DE LOS SIGNOS DE INTERROGACIÓN:

Riverita, <i>Armando Palacio Valdés</i>	84
Las hojas secas, <i>Gustavo Adolfo Becquer</i>	86

CORRECCIÓN DE LAS FORMAS VULGARES:

Fausto, <i>Estanislao del Campo</i>	88
---	----

PALABRAS ESDRÚJULAS:

El gato, el lagarto y el gallo, <i>Tomás de Iriarte</i>	89
---	----

PARTE QUINTA

Lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de conversación.

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	91
La carta	91
Historia de la carta	92
Carta a Atico (I), <i>Cicerón</i>	94
Carta a Atico (II), <i>Cicerón</i>	95
Carta de Lord Chesterfield a su hijo, <i>Lord Chesterfield</i>	96
Carta de Mme. de Sevigné a su hija, <i>Mme. de Sevigné</i>	97
Carta de José Martí a su madre, <i>José Martí</i>	99

*El 29 de febrero de 1940 se
concluyó de imprimir este li-
bro en los talleres gráficos de
J. Hays Bell, calle Brandsen
esquina Gaboto, Buenos Aires.*

